

CRISTIANDAD

EN EL NUCLEO DE LAS PREOCUPACIONES PONTIFICIAS
LA EDUCACION

HACIA UN MUNDO MEJOR

RESONANCIA BIBLICA

por Arturo M.^a Cayuela, S. J.

Notas sobre la democracia

por I. Hernando de Larramendi

Supranacionalismo cristiano

por Joaquín Drake de Alvear

El momento escatológico

por Jesús Sáinz Mazpule

La crisis del patriotismo

por Andrés Soler Soley, Pbro.

BARCELONA
Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléf. 22 24 46

CRISTIANDAD

MADRID
Martínez Campos, 11, 5.º - Teléf. 22 62 08

REVISTA QUINCENAL

Precio de suscripción . . . 150 pesetas

Precios de suscripción conjunta

A CRISTIANDAD y MOMENTO (Semanaario gráfico) . . . 315 pesetas

A CRISTIANDAD, MOMENTO y LA FAMILIA. . . . 350 pesetas

Que el recuerdo de la Cova de Iria
sea nuestro despertar
a la oración y a las obras



Bien seguro que si todos los católicos nos intercambiamos las informaciones de lo bueno que cada uno de nosotros conozca, podremos ayudarnos mucho mutuamente y con ello practicar el amor al prójimo que nos mandó Jesucristo.

SERVICIO CATOLICO DE INFORMACION

(S. E. C. I. N.) de la Congregación de la Purificación y San Francisco de Borja
Calle Roger de Lauria, núm. 15, pral. - Teléfono 22 71 68

recopila y divulga información de lo moralmente bueno y aceptable que pueda interesar, a través de su boletín quincenal, ampliando detalles en sus oficinas de 5 a 9 de la tarde.



Todas las ofertas deben venir acompañadas de buenas referencias morales.



Se agradecerá a los empresarios de salas de espectáculos públicos o privados así como a los dedicados a empresas de sano esparcimiento, como Agencias de Viajes, Conciertos, Grupos excursionistas, etc., se sirvan darnos a conocer sus programas con la debida antelación para insertarlos en el boletín e informar personalmente a los consultantes.

Suscriptor de CRISTIANDAD:

Vd. posee completa
nuestra

**SEPARATA
DE
DOCUMENTOS
PONTIFICIOS
de 1952**

pídanos detalles sobre

**NUESTRAS
ENCUADERNACIONES**

de la Separata y la Revista

PRECIO conjunto: Ptas. 36

Precio de este ejemplar: 7,50 Ptas.

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA
DEVOCION A LOS SAGRADOS
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

SVMARIO

EDITORIAL:

Por un Mundo mejor (págs. 169 y 170).

PLURA UT UNUM:

En el núcleo de las preocupaciones pontificias:
I. *La Educación*, por Francisco Hernanz (págs. 171 y 172).

Hacia un Mundo mejor: Resonancia bíblica, por Arturo M.^a Cayuela, S. J. (págs. 173 a 175).

EL BIELDO Y LA CRIBA:

Natas sobre la democracia (III), por I. Hernando de Larramendi (págs. 176 a 178).

Supranacionalismo cristiano, por Joaquín Drake de Alvear (págs. 178 a 180).

El momento escatológico, por Jesús Sáinz Mazpule (págs. 180 a 181).

La crisis del patriotismo, por Andrés Soler Soley, Pbro. (págs. 181 a 183).

DE ACTUALIDAD:

De la quincena religiosa, por Himmanu-Hel (págs. 183 y 184).

De la quincena política, por Shehar Yashuh (págs. 185 a 188).

ANEXOS

Palabras del Padre Santo al Excmo. Cardenal Leger y a la Peregrinación Canadiense. — Carta de Su Santidad al Obispo de Novara, Excmo. y Rvdmo. Sr. G. Vicente Gremigni en el octavo centenario de la publicación de los cuatro Libros de las Sentencias de Pedro Lombardo. — Carta de Su Santidad el Papa a los niños de las Escuelas Católicas de los Estados Unidos de Norteamérica, invitándoles a socorrer a los niños necesitados de Europa. — Discurso del Papa Pío XII a los profesores y alumnos del «Colegio de Europa» que tiene su sede en la ciudad de Brujas. — Discurso al Congreso Nacional de Maestros y alumnos adultos de las Escuelas y Cursos de Educación Popular. — Saludo del Papa a los cultivadores directos de Italia. — Discurso de Su Santidad a los estudiantes católicos de la Sarbona. — Alocución de S. S. a 400 estudiantes de la Federación Universitaria Católica Italiana.



Para un Mundo Mejor

Por dos veces en el curso de menos de un año, ha visitado España el P. Lombardi. La primera, para dirigir la palabra a los barceloneses en ocasión del Congreso Eucarístico Internacional. La segunda, para llevar a nuestra Patria, con expresa autorización pontificia, su campaña por un Mundo mejor.

Entre los innumerables comentarios a que ha dado lugar su predicación, queremos referirnos en este instante al de quienes, con certera visión del fondo del problema, han relacionado su mensaje con la actuación que, desde hace ya diez años, viene desarrollando CRISTIANDAD. De hecho, el «Mundo Mejor» que será la «Edad de Jesús» no es otra cosa que el Reinado Social de Jesucristo, ideal y fin al que CRISTIANDAD viene encaminando todos sus esfuerzos. El mismo P. Lombardi, interrogado por uno de nuestros redactores, ha declarado esta identidad. Y en definitiva, esto es lo esencial, que no puede quedar comprometido por los argumentos o interpretaciones más o menos sólidas con que se explane o complete; ni por las diversidades de método o táctica que se empleen en su servicio; ni tan siquiera por las inexactitudes, errores, o deficiencias particulares en que puedan en cierto momento incurrir quienes sinceramente laboren por ello. *Lo único* de que en definitiva se trata es de precisar la meta a la que ha de tender el esfuerzo de los católicos en un Mundo en crisis, ante todo de valores sobrenaturales, pero también — ¡y en qué grado! — de valores intelectuales, morales y en general humanos. Sin esta clara y rotunda puntualización del fin, no puede haber coordinación de esfuerzos, ni por consiguiente, eficacia en el trabajo. Ni puede haber el necesario entusiasmo que despierte el ánimo dormido de muchos, les haga dominar la fatiga, el desaliento y pesimismo.

Esto, pues, debe quedar bien claro. Porque sería insidioso poner en contingencia un Ideal por los posibles defectos de quienes profesan servirlo; la mejor buena voluntad, en efecto, — y precisamente por serlo — se descorazonaría si temiese continuamente comprometer, al ponerse a su servicio, toda grande y generosa empresa.

Ello es tanto más de observar en este caso, por cuanto, ni el P. Lombardi, ni tampoco CRISTIANDAD, hablan en su propio nombre *en lo substancial* del mensaje que transmiten. Profesan y proclaman un Ideal del que Pío XII se ha hecho personalmente heraldo con plena conciencia de las dificultades que entraña. (No debe de ser, seguramente, la menor la aturdidora impresión de utopía que ha de producir a quienes juzgan las fuerzas y posibilidades de la Iglesia según los cánones del naturalismo moderno).

Pero hay más. Si a Pío XII cabe la gloria inmarcesible de haber dado *explícitamente* comienzo a la actuación eficaz y concreta por «un Mundo mejor», se limita, en realidad, a proseguir en el espíritu e intención de sus predecesores, sobre todo a partir de León XIII, a quien invoca *precisamente* en aquella Encíclica «Annum Sacrum» en que propone al Mundo moderno el Ideal del Reino de Cristo, cuando trata de definir el sentido radical de su propio pontificado.

Creemos que todo ello autoriza a decir que no exorbitará la importancia del mensaje «para un Mundo mejor» quien lo sitúe en el centro de las preocupaciones pontificias, como la fórmula de acomodación del Espíritu del Evangelio y de la Iglesia a la Sociedad contemporánea, para su definitiva incorporación en Cristo.

* * *

El Ideal, el intento, la esperanza de un Mundo mejor no implica que hayan de cesar como por encanto los males presentes; ni excluye una posible exacerbación de los mismos. *Pero determina su sentido*. Sabemos, ahora, que las actuales convulsiones no son síntoma de muerte social. No son dolores de muerte, sino dolores de parto — ha escrito con frecuencia CRISTIANDAD — porque el Mundo nuevo no puede nacer sin violencia.

Pero ha de nacer *de este* Mundo actual; ha de consistir en su transformación. En un re-nacimiento, como Jesús lo propuso al atónito Nicodemo; en un re-nacimiento en el Espíritu,

Notemos como Pío XII aplica lo mejor de sus fuerzas a este fin, como se hace *educador*, dando a cada uno en particular el consejo, la corrección, el aliento que en particular necesita, inau-

gurando maravillosamente el método: «de persona a persona» en que fía el secreto del éxito. Y puntualizando los objetivos humanos y cristianos de esta reeducación del Mundo

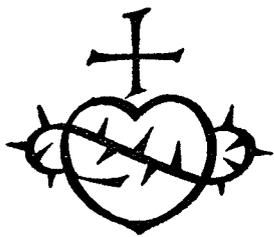
La coyuntura es ésta. El Mundo moderno se cree mayor de edad, y no lo es. Se cree libre, y no lo es. Pero tampoco puede volver atrás. En el fondo de su orgullo hay una aspiración que no puede ser frustrada. El Papa lo recoge y, *único entre los actuales soberanos o jefes de pueblos*, encuentra en ello la razón de ser de su imperio, que no puede asentarse más que sobre hombres responsables y libres. Por esto, la acción de la Iglesia concuerda, en lo íntimo, con las aspiraciones de los pueblos, y el P. Lombardi ha podido decir — lo mismo que CRISTIANDAD — que nunca como ahora el Mundo ha estado tan próximo a vivir, como hecho social e histórico, la doctrina de Jesús.

* * *

El Romano Pontífice ha pronunciado recientemente, el 19 de marzo pasado, una Alocución dirigida a los alumnos

y profesores de las Escuelas populares de Italia, Conviene que los lectores de la misma sepan ver sus íntimos entronques con multitud de otros documentos pontificios, y en especial con aquellos, precisamente, en los que el Papa pone en marcha su Cruzada «por un Mundo mejor». Porque ello puede ayudar a comprender más en concreto el sentido de esta Cruzada, y lo que cada uno puede hacer en su servicio.

En el momento de escribir estas líneas, empieza a publicarse en nuestra Diócesis una Pastoral ordenada al mismo fin. Nuevo y precioso rayo de luz para la mejor actuación de las intenciones pontificias, con que nos ilumina nuestro Prelado. CRISTIANDAD espera publicarlo íntegro en su próximo número así como en tirada aparte, para asegurar su máxima difusión. El desgraciado que no viese en estos documentos, prácticamente, más que formulismos curiales, sería indigno del nombre de cristiano e infiel a su misión histórica.



«Adveniat Regnum Tuum»

MAYO

Que se alejen de los espectáculos cinematográficos los peligros de la fe y de las costumbres

La singular importancia de esta intención aparece con claridad meridiana en estos cuatro puntos:

I. Influencia extraordinaria y casi mágica del cinematógrafo en los hombres. — La invención y el desarrollo del cinematógrafo son muy dignos de admiración. El cinematógrafo es muy a propósito para influir en los hombres y esparcir la buena semilla. Por su especial índole, resulta más poderoso y eficiente que la prensa y la radio.

Su especial eficiencia proviene de que habla por medio de imágenes vivas que se mueven en la pantalla. Estas imágenes deleitan mucho a los espectadores, cultos e incultos, ricos y pobres.

Los cantos y piezas orquestales que las acompañan les dan mayor fuerza de seducción. No es extraño, por lo tanto, que las películas cinematográficas ejerzan en los espectadores una fascinación casi mágica e irresistible.

Fácilmente se comprende que si el cinematógrafo se ajusta a las normas cristianas; y honestas, puede infundir en los espectadores una fuerza irresistible de santificación e inspirar acciones nobilísimas. «¡Cuánto bien puede hacer el cinematógrafo!», exclamaba Pío XII en su alocución del 14 de julio de 1945.

II. El grandísimo número de espectadores, sobre todo jóvenes. — Esta es la segunda razón de que el cinematógrafo sea en el mundo una potencia de primer orden. Porque su maravillosa fuerza subyuga una multitud ingente, sobre todo de jóvenes. Según estadísticas, acuden anualmente al cinematógrafo más de diez mil millones de espectadores, unos doscientos millones por semana. Hay cerca de noventa mil salones públicos, con cuarenta y tres millones de asientos poco más o menos.

III. El influjo del cinematógrafo es de hecho muy perjudicial. — En estos últimos tiempos los Sumos Pontífices se han quejado muchas veces y con razón de que tales espectáculos «se subordinan al incentivo de las malas pasiones y a la avidez de las ganancias» (Enc. «Divini illius Magistri»).

En la Encíclica *Casti Connubii* se lamenta Pío XI de que por el cinematógrafo «se conculca y se pone en ridículo la santidad del matrimonio, mientras que los divorcios, los adulterios y los vicios más torpes son ensalzados o al menos vestidos de tales colores que aparecen libres de toda culpa y de toda infamia».

En la Encíclica *Vigilanti cura* trata expresamente de los espectáculos cinematográficos y de sus peligros: «Todo el mundo sabe cuánto influyen estas desvergonzadas escenas en las almas de los espectadores; porque al ensalzar la lujuria y la sensualidad incitan al vicio, desvían a los jóvenes del camino recto, pintan la vida con falsos colores..., sofocan el amor casto, introducen falsas y prejuizadas opiniones en los individuos, en las familias, en las clases sociales, en las naciones...»

Cuanto más maravillosos son los avances del cinematógrafo tanto más peligrosos resultan para la religión y para la integridad de las costumbres. Se ha convertido en el mayor seductor, en instrumento de corrupción, porque pone a la vista, sobre todo de los jóvenes, vicios nefandos, crímenes horrendos, delitos de todo género, con un colorido y forma tan seductores que incitan a la imitación. Las películas cinematográficas glorifican, por decirlo así, el amor libre, los divorcios, los adulterios, pisotean la dignidad de la mujer, arruinan las familias, los matrimonios, arrastran al crimen y aun muchas veces a la desesperación y al suicidio. El cinematógrafo moderno es la apoteosis de la vida libidinosa. En general, salvo unas pocas películas, no tienen el menor vestigio del espíritu cristiano.

IV. Remedios contra estos pésimos daños. — I. Excitar el sentido de responsabilidad: en los productores, industriales y artistas de cine, los cuales deberán algún día responder al Juez eterno acerca de los escándalos dados y de las inducciones a pecado: en los distribuidores de películas; en los empresarios de salones; en los gobernantes.

2. Respecto a los espectadores, se nos ocurren estos remedios.

a) Abstenerse de asistir a espectáculos malos. Para ello averigüen de antemano lo que se va a representar y el juicio que sobre tal película ha emitido la Censura de la Iglesia.

b) Actuar en contra del cinematógrafo malo. Como hace la «Legión de la decencia» en América por insinuación de todos los Obispos católicos, privarse totalmente de frecuentar los cines en tanto no se logren sus justos deseos.

c) Adverir sobre todo a los jóvenes del peligro que corren, porque los ojos y los oídos son como dos caminos floridos que conducen al alma e infiltran en ella la perversidad y el pecado.

d) Sustituir las películas malas con otras buenas que sirvan de honesto esparcimiento, divulguen ideas buenas y rectifiquen la opinión pública. Produzcanse, pues, cuanto lo permitan las múltiples dificultades, especialmente las pecuniarias, películas que tiendan a propagar los principios cristianos y exciten lo bueno y noble.

Constrúyanse salones católicos o parroquiales, aun de gran aforo y con todas las comodidades y adelantos modernos, donde se exhiban exclusivamente películas aprobadas por la Censura eclesiástica.

Ofrecámonos al Corazón de Jesús ferventísimas reparaciones por los pecados cometidos a causa del cine, y por medio del ofrecimiento diario hecho devotísimamente alcancemos la bendición de Dios para todas las empresas que se afanan por quitar estos peligros y cristianizar el cinematógrafo.

LA EDUCACION

Una de las tristes realidades de nuestro tiempo, consiste en que la escuela ha recibido un golpe mortal. Y con ella el maestro y la educación. La destrucción de las instituciones naturales, llevada a cabo por el liberalismo, tenía un objetivo concreto: liberar al hombre. El hecho es que hasta de la escuela — como de una ligadura más — se le quiso liberar. Así el hombre ha llegado a perderse a si mismo, y esta pérdida, afectando a la sociedad misma donde el hombre naturalmente se desenvuelve, ha ocasionado un fenómeno de íntimo desequilibrio, que el Papa ha calificado como «despersonalización», en todo el ámbito de la existencia humana, en el individual, en el familiar, en el social y en el político. — Probablemente aquí se originan la mayoría de los males que hoy se padecen. Por eso la Alocución que ahora se está difundiendo, dirigida por el Papa a los maestros católicos populares, tiene una importancia capital y puede situarse perfectamente entre los documentos pontificios más trascendentales. Podemos juzgar con mucha seguridad que dicha Alocución afecta al núcleo vital en el pensamiento del Papa. — Valdrá, pues, la pena, antes de introducirnos en el tema concreto de la Alocución, espigar algunos puntos, esparcidos aquí y allá en el documento, que sirven como de líneas directrices de una teoría de la educación (1).

El maestro y la escuela

“La presencia y el contacto del maestro son, generalmente hablando, insustituibles, tanto para el adulto como para el niño.”

“El maestro debe vivificar la enseñanza, hacer reflexionar, desenterrar en cada uno de sus alumnos los talentos de que dispone. Él lo pondrá en contacto más íntimo consigo mismo, con la naturaleza, con la familia, con los conciudadanos, con la Iglesia, ciudad de los hijos de Dios, con Dios, principio y fin de toda vida.”

“La escuela popular debe, pues, proporcionar no solamente la instrucción, sino además una educación, una cultura.”

Es una desgracia que los mismos que están clamando por ello lleguen, a fuerza de repetirlo, a olvidar lo que propiamente significan el maestro y la escuela. Y esto en el mejor de los casos; es decir, cuando las fórmulas en que se expresa aquella necesidad de nuestro mundo no están disimulando una monstruosa hipocresía.

En las conversaciones, en los discursos, en los planes de enseñanzas, y — ¿será posible? — hasta en la esfera donde se debaten los presupuestos, éste es un tema brillante, demagógico y facilón. Lo cual convierte en bien amarga la realidad de los hechos.

La composición de lugar que sobre el maestro y la escuela se hace la sociedad como tal resulta deplorable la mayoría de las veces.

Por otra parte, situados incluso en un plano más técnico, la escuela es siempre algo difícil de comprender en su radical sentido. Hoy más que nunca entre los profesionales se tiende a pensar la escuela como una prolongación de la actividad extraescolar. En cierto sentido esto debe ser así. Pero no perdamos de vista que la escuela es fundamentalmente una *ruptura*.

La razón de esto es relativamente sencilla: aunque el educando crea a veces estar realizando aproximadamente lo mismo que antes, en la escuela va a hacerse algo completamente disinto de lo que se hacía fuera de ella. El párvulo, por ejemplo, que vuelve a encontrar iguales ju-

guetes que aquéllos amontonados en un rincón de su casa, va a ser enfrentado con un mundo totalmente nuevo. Tiene que aprender, por lo pronto, a mirar aquellos juguetes de un modo como jamás los había mirado.

Probablemente la actividad escolar es un *ocio* (escuela *sjolé* significa reposo), un ocio de las cosas foráneas a la escuela, un no hacer nada, pero de lo que se hacía *antes*. La escuela, digámoslo de una vez inaugura una nueva manera de preguntar por las cosas del mundo y de la vida.

Pero esto, con ser mucho, es incomparable con lo que viene después. Porque la escuela está ordenada a algo definitivo y substancial. *La escuela enfrenta al hombre consigo mismo y con los demás*. La escuela es soledad y a la vez diálogo y comunión.

¿Qué puede significar esta extraña confluencia de actitudes? Veámoslo.

“Poner al hombre en contacto más íntimo consigo mismo”, que dice el Papa, equivale a situarlo en esa purificadora soledad valoradora con mayor exactitud de su propia persona, significa que él mismo recorte con mayor o menor nitidez el perímetro de su realidad física y espiritual; esto posibilita en última instancia la humildad, que consiste en aceptar sinceramente el lugar que a cada uno le corresponde.

Ahora bien, sentirse ligado a los hombres, entrar en auténtica comunicación con el prójimo, es decir, amar en el pleno sentido de la palabra, resulta inimaginable sin antes haber recobrado aquella intimidad personal. La justicia y la caridad brotarán de la humildad forzosamente. Porque la humildad conduce a vincular la contingencia y finitud propias con la de los demás, y en especial a aceptar el amor de Dios y de los hombres. Esto es suficiente, puesto que toda sincera aceptación importa una correspondencia, una recíproca entrega.

He aquí por qué en la escuela, considerada ahora ya en su más amplio sentido, se interfieren aquellos aspectos de la vida humana. La escuela modela al hombre encarándolo en todas sus direcciones fundamentales: *“Consigo mismo, con la naturaleza, con la familia, con los conciudadanos, con la Iglesia, con Dios, principio y fin de toda vida.”*

¿Y el maestro?

Fijémonos primero en esto: sin maestro no hay escuela. Más aún; el maestro hace la escuela.

(1) Confiamos en poder seguir, D. m., tratando de este tema en próximos números.

Llamamos maestro al que enseña a los niños; pero llamamos maestro de un modo general a todo aquel que enseña, y, sobre todo, a quien educa. Un hábil cirujano, un virtuoso del violín, e incluso un "sabio", pueden no tener nada de maestros si su habilidad y su saber no cristaliza en enseñanza y en educación. Lo cual no quiere decir que para ser maestro haya de explicar el cirujano la técnica del bisturí, el violinista el manejo del arco y el "sabio" su ciencia. Ni eso hace falta, ni por otra parte sería suficiente.

Para ser maestro el cirujano ha de enseñar una "manera" de enfrentarse con los problemas que puede plantear la cirugía; el violinista un modo de interpretar la pieza musical; el "sabio", una perspectiva radical de la realidad.

El maestro hace la escuela, porque proporciona a los discípulos los principios y con ellos el estilo. Los principios son las *bases* seguras donde se apoyará todo lo que fluya de su enseñanza; el estilo significa la *vivificación* de este patrimonio intelectual gratuitamente ofrecido, y estriba en *"transformar en cultura viva la contribución inagotable de la experiencia cotidiana."*

O dicho de otra manera; el maestro se enfrentará con un material humano que ha de formar. Primero ha de tener en cuenta la calidad, las aptitudes, cuantitativa y cualitativamente consideradas, de la persona. Después dotará al educando de las cosas que ha de saber. El estilo, el temple, surgirá de la conjunción íntima de estos dos factores gracias a la persona del maestro.

La lección que jamás se olvida

"Hace falta que posea un carácter amable, generoso y desinteresado."

"La manera de hablar, de conducirse, de comportarse con los alumnos, de responder a sus preguntas, de preguntarles, de alabarles, de llamarles la atención, es una lección que ellos jamás olvidarán..."

"La admiración y el afecto de vuestros alumnos no os faltarán, porque ellos son dichosos de haber recibido de vosotros el don, no solamente de vuestro saber, sino también y, sobre todo, de vuestra alma y de vuestro corazón."

En consecuencia el maestro hace la escuela fundamentalmente, porque él, como persona, entabla el primer diálogo, la primera comunicación, es decir, la primera apertura de su persona para, provocando así la entrega del discípulo, establecer la corriente por donde se ha de trazar el contenido espiritual educador. Porque sólo de este modo la enseñanza seguirá un cauce vital, e irá, mágicamente y como por casualidad, a tocar las fibras más hondas del sujeto, en el que el maestro habrá podido *"desenterrar los talentos de que dispone"*.

¿Quién no ha sentido alguna vez en su vida pasar, vibrante, la palabra del maestro? Su contacto ha sido como un sobresalto emocionante del espíritu, que, aunque sea por un momento, ha superado la somnolencia y ha rasgado los velos de sus estrechos horizontes.

En resumidas cuentas, el maestro ha de poner en condiciones al discípulo para que, entreviendo la verdad, vaya admirándola y, entusiasmándose con ella, aspirando a alcanzarla en su plenitud y gozando de esta posesión.

El gran secreto del maestro no encierra otro misterio que el enseñar verdades vitales. De esta suerte maestro y discípulo acabarán encontrándose un día incidiendo en la verdad vital.

Verdad y libertad

"Lo esencial es inculcar el arte de discernir lo verdadero de lo falso."

"La ignorancia de las masas, su incapacidad las deja indefensas a merced de agitadores hábiles o de politicantes sin escrúpulos. Una intensa propaganda, aunque sea totalmente falsa, llega siempre a convencer a buen número de personas, carentes de todo sentido crítico, aun del más elemental, incapaces, por lo mismo, de una reacción personal para apreciar las condiciones reales y discernir las afirmaciones justas de las promesas irreales."

Esto es lo que quiere decir "la Verdad os hará libres". El maestro ha de enseñar la Verdad. Pero eso, como hemos advertido, puede entenderse defectuosamente. Por ejemplo, podría creerse que el maestro cumple con su misión por el hecho de transmitir al discípulo una serie de "verdades". En realidad éstas, aunque sean como puños, pueden afectar sólo tangencialmente a la persona, pasarle como rozando los oídos, sin penetrar en la entraña del alma. Entonces la verdad es inocua, insípida e inoperante.

¿Qué verdades hacen mella en el espíritu, y qué características han de reunir para ser vitales? Porque bien cierto es que la verdades mismas pueden poseer mayor o menor carga afectiva, ser más o menos vitales, fundamentales o accesorias, pero no es menos cierto que a veces incluso las de una trascendencia decisiva no son para el sujeto que las recibe sino fórmulas.

Es el maestro quien dota a la verdad de esa misteriosa envoltura que como un santo y seña abre de par en par el corazón. Entre maestro y discípulo ha de crearse aquella amplia corriente vital por donde circule a sus anchas la verdad misma. Pero la apertura es fruto nada menos que de la amistad.

La verdad no salva ni libera, en ningún caso, a no ser que se viva en ella y de ella. Entonces sí, porque hace a la persona existir como persona. En efecto, como primera providencia la sitúa en su verdadero rango y dignidad: la hace ser lo que es, y, por lo tanto, la hace pensar y sentir. Hoy día que las mallas de la sociedad amenazan ahogarlos "se trata de iniciar a los hombres, no sólo en la marcha teórica de esas instituciones, sino también en la tutela de sus verdaderos intereses y, sobre todo, de sus conciencias".

Esto último es importante, quizá lo más importante. Porque el hombre sólo se liberará de las cadenas exteriores, sin previamente se ha liberado de algo profundo que arranca de sí mismo y que se origina en su propio entendimiento y en su corazón. Es la esclavitud de la ignorancia y del egoísmo. Si concretamente hoy la verdad nos ha de liberar ha de ser primordialmente por dos cosas: porque limpia nuestra alma de suspicacia, y porque nos ponga en claro con qué y con quién tenemos que habérmolas. Lo primero significa una entrega total o incondicional al maestro; lo segundo equivale a una constante permanencia en estado de vigilia ante el error, que no pocas veces actúa solapadamente encubierto.

Toda la Historia no es más que un muestrario de los esfuerzos que ha intentado la humanidad para liberarse. Por eso nuestra Historia empieza a contarse justamente a partir del suceso único en que se asientan las premisas de tal liberación. Jesucristo es el centro de la Historia, porque es el Maestro, es decir, la Verdad, al mismo tiempo que la Vida, y en consecuencia el Camino de la Libertad. De aquí surgió la Escuela por esencia y excelencia.

FRANCISCO HERNANZ

HACIA UN MUNDO MEJOR

RESONANCIA BIBLICA

Hace un mes

El Gran Price, de Barcelona, rebosa de muchedumbres. ¿Un espectáculo de novedad atrayente? No. ¡Si el que habla es un sencillo sacerdote, para más señas un jesuíta! Y todo el auditorio, heterogéneo como el que más, escucha fascinado...

En la plaza de la Armería, de Madrid, tiene, después, lugar otro gran acto público. El micrófono transmite la voz de un sacerdote que habla. Toda la masa humana, pendiente de sus labios. El mismo timbre de voz que en el Price. El mismo mensajero...

Porque ese orador se presenta, aquí en España, como antes en las más populosas ciudades de Europa y América, con ese carácter: como un *mensajero* que lleva a todos sitios un mismo mensaje. ¿De parte de quién? De parte del Vice-Dios en la tierra.

¿Y la letra del mensaje? Que se dispongan todos y cada uno de los fieles, y aun de los hombres de buena voluntad, para trabajar por un mundo mejor.

Demasiado se han movido, como agitados por un impulso infernal, los emisarios de la maldad, en estos veinte años, para organizar un mundo peor, un mundo pésimo. El Vice-Dios, que desde la atalaya de su mando supremo espiritual lo avizoraba, ha lanzado un grito de angustia: "¡Ese mundo camina, sin notarlo, por los derroteros que arrastran al abismo almas y cuerpos, buenos y malos, pueblos y civilizaciones!"

Y ha dado la consigna, que con rasgos fulgurantes, queda trazada por la mano firme de quien siente en su alma el impulso de Dios: "¡Por un mundo mejor!" ¡A desterrar el odio, y a entronizar el amor! ¡A destruir el reino de Satanás y sus satélites, y a establecer el reino de Dios y del que Dios nos envió, Jesucristo, su divino Hijo!

Y el Papa, Su Santidad Pío XII, ha dicho con aseveración terminante que siente él y toma él la responsabilidad de ponerse al frente de una campaña espiritual en pro de ese mundo mejor, por el que todos suspiran. Es el único hombre en la tierra que se ha atrevido a eso. Y al decirlo, su voz no tembló.

Es que sabe a Quién representa: a Aquel que un día dijo: "¡Confíad: Yo he vencido al mundo!" Y tras aquella primera victoria, se le quedó la mano tan sana y tan robusta como antes. Para esta lucha de hoy no ha perdido ni un ápice de fuerza. ¡Es su brazo, el brazo de Dios!

El primer predicador de un mundo nuevo

Anima sobremañera recordar que Jesús fué el primero que, por su Precursor y por Sí mismo, predicó un mundo nuevo; un mundo incomparablemente mejor que aquel con que se encontró: el mundo de la justicia, del amor y de la paz. Y en estos años, y para nosotros en el año actual, ha resonado, desde la lejanía de los siglos —un siglo lanza a otro siglo ese eco poderoso— la voz del Profeta Isaías, que, recogiendo la voz de Dios, exclamó: "He aquí que Yo envío a mi Ángel delante de Mí, oh pueblo mío, para que me prepare los caminos; pues Yo voy a venir".

Sin estirar comparaciones menos congruentes, y paragonando sólo, y con suma reverencia, situaciones en bloque, ¿no siente la cristiandad una intervención secreta, pero por sus efectos visibles, de la Providencia de Dios en haberse elegido para Vicario suyo, para ángel y men-

sajero suyo —Pastor angelicus—, en este momento crucial del género humano casi arruinado, a un hombre que en sus palabras parece reproducir el llamamiento que hace casi dos mil años oyó el pueblo escogido de Dios allá en las riberas del Jordán? Plácenos, en pro de nuestra común seguridad en el triunfo divino, pararnos a escuchar esa resonancia primera del Evangelio, aquel anuncio de la transformación de un mundo perdido en un mundo recobrado, el mundo del Cristianismo. Advirtamos antes, para no confundirnos en el aparente desdoblamiento de mensajeros, que el sacerdote cuya voz está conmoviendo los pueblos no pasa de ser — como él mismo lo repite — más que el altavoz del auténtico mensajero o ángel del Señor, como supremo Jerarca de su Iglesia.

Hace casi dos milenios

Hacia quince años que al frente del Imperio romano, degradado ya por entonces y corrompido, se endiosaba el emperador Tiberio, el primero de los monstruos coronados que la urbe y el orbe tendrían durante largo tiempo que aguantar. Las señales de una catástrofe social, cada vez más alarmantes, conturbaban a los pocos espíritus reflexivos de aquel tiempo. Un historiador acababa de esculpir, al comienzo de sus historias de Roma, esta frase fatídica, reflejo de la desesperación o del aplanamiento más enervante: "*Hemos llegado a unos tiempos en que no podemos sufrir ni nuestros vicios ni nuestros remedios*" (1).

La ciudad, cabeza del Imperio, corría, divirtiéndose, por la pendiente de un abismo con los ojos vendados. Una apariencia de brillante cultura ocultaba la gangrena de aquella sociedad en que el dinero público y el de los capitalistas ciegos, en vez de gastarse en empresas de utilidad pública, se invertía locamente en satisfacer las ansias de diversiones de un pueblo de ociosos, voraz, sensual y cruel; y en que el trabajo humano había perdido su dignidad social. A diferencia de ahora en que el edificio social cede y se desmorona por abajo, por las imposiciones furibundas de un proletariado a quien se ha seducido con la mentida promesa de un paraíso terrenal al que tiene *derecho*; entonces cedía y se cuarteaba por arriba por la desdiciosa y demente condescendencia de un Estado corrompido y venal, y de unos ricos muelles y malgastadores. Ahora y siempre, como entonces, el mundo se arruina porque los egoísmos sin cabeza y sin entrañas llevan y llevaban el centro del mundo. Las exigencias de los pretendidos *derechos* de los unos y de los otros cebaban y ceban el odio mutuo, y habían tapado y tapan los manantiales del amor (2).

Y junto con Roma se arruinaba el Imperio. El envilecimiento y la deshumanización habían ahogado la persona humana. ¿Qué extraño, pues, que la tiranía de la maldad imperante arrancase a los escasos pechos honrados un suspiro desgarrador por un mundo nuevo? En aquel mundo no se podía ya vivir.

Entonces, precisamente, en el año quindicimo de Tiberio César, vino la palabra de Dios sobre Juan en el desierto de Judea. Y empezó a resonar una voz que iba y venía, como ráfaga de viento impetuoso, arriba y abajo por las riberas del Jordán, y repercutía por toda aquella región. Una fuerza sobrenatural de atracción despoblaba

(1) Tito Livio; *Historiae*, Liber primus, Prefatio.

(2) Véase la obra de Paul Allard *Les esclaves chrétiens*.



los poblados; y salía a oír aquella voz toda Judea y toda Jerusalén: *omnis Iudaea et Ierusalem; ierosolimitae universi, et omnis regio circa Iordanem* (3). ¡Coincidencia! Las multitudes que hemos visto nosotros salir anhelantes y congregarse al aire libre para oír otra palabra que por un altavoz nos venía, clara y leal, desde Roma, la sede del que atrae hacia sí habitantes de toda la tierra.

Unos libros reconocidos por auténticos aun por nuestros mismos contrarios nos dicen qué predicaba aquel predicador, recién aparecido de entre los yermos solitarios. "Haced penitencia; porque se está acercando el reino de los cielos." Como quien decía: se acerca una edad nueva. El mismo clamor del mismo exceso del mal, universal y abrumador, ha llegado a los cielos según la frase bíblica (4). Dios va pronto a intervenir de un modo inesperado e inaudito a lo Dios.

Pero el mismo Dios nos exige que preparemos sus caminos; quiere que nos dispongamos a recibir al Libertador divino; no sea que nuestra negligencia frustre en nuestras almas, refractarias a la aceptación del remedio, la obra salvífica de nuestro Redentor. Se impone, pues, un cambio radical en toda nuestra manera de pensar, de sentir y de obrar. Cambiad, sí, de vida. Arrepentíos de vuestro mal vivir. Reconoced y confesad vuestros pecados, infracciones impías de la divina Ley. ¡Arrepentimiento y penitencia expiatoria! Todo ese complejo de sentidos entraña el vocablo griego del original: *metanoite* (5).

Impresionada fuertemente la muchedumbre, se acercaban muchos, inclinadas las cervices, al Bautista, y le preguntaban humillados: "Pues ¿qué hemos de hacer?" Así procede el humilde que, reconociéndose pecador, ha deprimido y abajado la altivez de su soberbia — *todo monte se abajará* (6). Y Juan les contestaba sin ambages: "El que tenga dos túnicas, compártalas con quien no tiene ninguna; y el que dispone de provisiones, que las comparta con quienes no tienen qué comer."

¡Notable coincidencia del método seguido por el que era entonces el portavoz de Cristo, y por el que es ahora

(3) Lc., III; Mt., III, 5; Mc. I.

(4) Ex., III, 9.

(5) Aun en los escritores profanos se incluía en ese verbo el último sentido de "dolor por los pecados" y reparación por la penitencia". En Plutarco se lee: "Esa pena que llamamos *metanoia*." Y Luciano, inventando personajes simbólicos abstractos, hace comparecer detrás de la Calumnia el Arrepentimiento, la *metanoia*, vestida de negro, llorando y volviendo la cabeza a la Verdad que la sigue de cerca. Los escritores sagrados del Nuevo Testamento indican con ese verbo la conversión de toda una vida depravada.

(6) Is., XL, 4.

el altavoz del Vicario de Cristo. Ambos hablan resueltamente a todos de sus *deberes*, y no de sus derechos; arbitrio el mejor de todos para despertar el amor aletargado. Y ambos, igualmente, si bien no les callan otros deberes suyos, hacen hincapié en los deberes de justicia y de caridad para con el prójimo. ¡Ah! Es que para preparar el reino de Dios, cimentado sobre el amor, así se ha de proceder, otorgando el primer puesto de honor, después del amor debido a Dios, al amor que al prójimo se debe por amor de Dios. ¿No iba a insistir Jesucristo en eso mismo, y aun iba a llamar a ese amor fraterno de caridad el mandamiento nuevo y el mandamiento suyo? (7).

Reflexiónese sobre lo de las túnicas y las provisiones. Habían de pasar muchos siglos hasta que se pronunciase en el mundo el nombre de *justicia social*, y ya el Precursor urgía la *cosa*. ¡Qué a la par van, aunque tan distanciados en el tiempo, los que guiados de Dios pretenden conducir las masas a un mundo mejor! La propiedad privada, por más legítima y necesaria que sea, no puede desentenderse del deber que le impone la función social de esa misma propiedad. Que no es justo, ni conforme al plan divino, que donde a unos les sobra lo superfluo, otros carezcan de lo necesario.

Se llegan al Bautista los publicanos (recaudadores de tributos, o aduaneros) con idéntica pregunta: "¿Qué debemos hacer?" No exijáis nada sobre la tasa que la autoridad os ha fijado. Es decir, no traspaséis los límites de la justicia.

Ahora son unos agentes armados los que con paso marcial se adelantan hacia San Juan, después de haber sido bautizados por él. Y a nosotros, dicen con recia voz, ¿qué nos cumple hacer?" Respuesta del hombre del desierto: "A nadie hagáis extorsión (no os prevalgáis de vuestra fuerza armada para exacción alguna violenta e injusta); no denunciéis injustamente, y estad contentos con vuestras pagas.

Contrasta la blandura de estas mansas respuestas de Juan con la dureza que pone en sus expresiones al dirigirse a los Fariseos y Saduceos. No dice el Evangelio que ellos se le hubiesen humillado preguntándole por sus obligaciones. Él se les adelanta y les apostrofa: "*Raza de víboras: ¿quién os ha enseñado la manera de sustraeros a los castigos de un Dios irritado que os amenazan? Haced, pues, frutos dignos de penitencia* (esto es, proporcionados a la gravedad de vuestras maléficadas hipocresías), *y no os aseguréis por blasonar de descendientes de Abraham.*" Les tocaba en lo vivo de su orgullo racial que se les figuraba un resguardo intocable. *El hacha está puesta a la raíz. Todo árbol que no lleve fruta sana será cortado y echado al fuego.*

Hoy, igualmente (¿cómo se sintonizan los procederes de Dios!) el mensajero de Cristo, su Vicario, exhorta a la reforma total de la vida, con acentos de entrañable caridad, a todos los buenos de voluntad sincera y dócil. Mas también esfuerza su voz denunciando a los protervos los terribles castigos cuya amenaza atruena ya en los aires.

Y quedó flotando por las orillas del Jordán el eco de aquel hombre que, consciente de su bajeza humana, rechazaba en su humildad la suposición de los que le tomaban por el Mesías, diciéndoles: *Yo no soy el Cristo; soy tan solo su voz.* Y el eco de aquella voz repetía: *Preparad los caminos del Señor; que se acerca el reino de los cielos.*

El mundo, habiendo oído el mensaje de Juan, deseó, con el vago anhelo de una renovación universal, oír ya la voz del mismo Libertador mesiánico: *Sonct vox tua* — Resuene ya tu voz.

Y he ahí, a poco, a Cristo en persona anunciando al mundo lo que hoy también por su Vicario le anuncia a este mundo actual que ha perdido ya su esperanza en todo: en

(7) Jn., XIII, 34, 35.

la ciencia, en la filantropía, en la técnica, en los arbitrios de asambleas internacionales. Os anuncio la buena noticia de que os viene el reino de Dios. Ha llegado la hora. Ya se acerca. Haced penitencia y creed en la predicación del Evangelio (8).

¿No consuena esa voz de Cristo con la del que lleva el mensaje de Cristo? Reformaos todos y cada uno los que integráis los diferentes grupos del cuerpo social en vuestras vidas; abrid los corazones al amor de Dios y del prójimo por Dios; y confiad. La grandeza del mal está haciendo necesaria la asistencia del cielo. Se acerca, sí, la era de Jesús.

Cristo, desde lo alto de su cruz, atrajo todas las cosas hacia Sí con la atracción más fuerte: la del amor. Y nació en el mundo *el reino de Dios: la Iglesia suya*. Y la Iglesia, desde su primera aparición, proclamó que Jesús, exaltado por la diestra de Dios, era el Señor y el rey. A sus pies, dijo por boca del primero de los Papas, había de poner su Padre, como escabel, a todos sus enemigos (9). Los que recibiesen el reino de Cristo serían salvos. El Reino de Cristo había de transformar al mundo, como divino que era, y regido por la ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo había de imprimir en los corazones.

Y por la humildad de la doctrina evangélica y por la virtud de la santa Cruz — medios para el mundo ininteligibles y aun insanos — se obró la maravilla del cambio y salvación de un mundo abocado a su ruina. Para salvarse le bastó a aquel mundo convertido al Cristianismo aceptar los *derechos reales de Cristo* sobre él, derechos exigidos paternalmente por aquel Corazón de Jesús que tan sólo busca con su reinado nuestro bien temporal y eterno. Y la eficacia de tan divino reino obró por sí misma el mayor milagro moral que el mundo ha presenciado.

Empezó la Iglesia por regenerar al individuo que a ella se acogía, incorporándole dentro de sí por el sacramento de la regeneración sobrenatural (10); y luego induciéndole a cooperar con la gracia divina comunicada por los Sacramentos, crucificando el que el Apóstol llamó hombre viejo — el hombre de las tres concupiscencias — para que naciese y viviese en su persona el hombre nuevo, creado, según Dios, en justicia y en verdadera santidad (11). Y la Iglesia seguía educando a sus fieles dándoles energías sobrenaturales para cumplir los mandamientos, y sobre todo los dos en que, según Cristo, se cifraba toda la ley (12).

Como efecto de la renovación de los individuos se renovó la sociedad. La reunión de todos aquellos hombres nuevos constituyó una sociedad nueva. Todas las relaciones sociales se transformaron; y apenas la Iglesia reinó en el mundo, la fiera ley de la fuerza fué reemplazada por la dulce ley del amor. La familia volvió a hallar su armonía y su belleza. El matrimonio quedó elevado a la dignidad de sacramento. La Iglesia desplegó en la afirmación de sus principios morales, aun en las materias más delicadas, una energía tranquila y enérgica. La mujer respiró, recobrando su pudor dignísimo. La autoridad despótica del padre de familia se cambió en autoridad de veras paternal. Los mutuos odios retrocedieron ante el avance sereno de la mutua y universal fraternidad. Y atentos todos al cumplimiento de sus *deberes*, se llegó, en las personas de los que abrazaban los consejos evangélicos en una vida de perfección, a renunciar aun a derechos incontestables en pro de una existencia consagrada del todo al servicio divino y al servicio de los hijos de Dios que viven en el mundo. Gracias a tan heroica renunciación de los fieles más generosos, todas las indigencias huma-



nas hallaron corazones que las compadeciesen y manos que las remediasen. ¿Qué extraño, pues, puede parecer que ante una visión de tales efusiones de caridad nunca vistas se dijieran unos a otros los todavía gentiles, señalando con el dedo a los cristianos: ¡Mirad cómo se aman! Hasta la pavorosa cuestión social quedaba sencillamente solucionada.

Caridad

Esta palabra, bajada del cielo, vino a resumir toda la ley cristiana y toda la realidad cristiana: "Amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a sí mismo." El gesto heroico del monje San Telémaco, en el siglo quinto, que se lanzó a la arena del anfiteatro para separar a los gladiadores, a costa de su propia vida, pues el populacho lo mató a pedradas, fué todo un símbolo viviente. Fué el símbolo de la caridad cristiana, que se lanzaba al mundo para acabar con los odios, aunque a ella le hubiera de tocar en tantas ocasiones el papel de víctima. Telémaco enrojecía con su sangre inocente la arena manchada por la sangre fratricida; y, a poco, Honorio proscribía aquellos juegos inhumanos (13).

¿Habrá todavía quienes al oír el mensaje que hoy nos predica el Vice-Dios en la tierra, dibujen en su rostro un gesto de escéptico desdén y aun de rebelde oposición? La Biblia, el libro de Dios, nos recuerda, con sintonización bien perceptible, que hace casi dos milenios la aplicación y puesta en práctica del mensaje del Precursor de Cristo y del mismo Cristo libró al mundo de entonces de hundirse en el abismo, e hizo surgir un mundo nuevo.

El mundo mejor fué entonces una *realidad* que la Historia testifica. Pues, ¿por qué no ha de ser una realidad ese mundo mejor que movido por un impulso del cielo nos anuncia Pío XII? Vuélvase a la ideología y a la vida del Cristianismo auténtico que al aparecer salvó a la sociedad humana. La salvará hoy esa ideología si hoy reaparece. Las mismas causas producen los mismos efectos.

En nuestros días está resonando en el mundo una voz que suena a cielo. Ya que el mundo la está oyendo, ¿no quiera el mundo endurecer su corazón! (14).

ARTURO M.^a CAYUELA, S. J.

(8) Mc., I, 14-15.

(9) Hechos, II, 33, 35.

(10) Tit., III, 5.

(11) Ef., IV, 24.

(12) Mt., XXII, 36-40.

(13) Véase magníficamente descrita esta transformación del mundo por el Cristianismo en los capítulos I y III de la obra de Godofredo Kurth *Les origines de la civilisation moderne*.

(14) Salm. XCIV, 8.



Notas sobre la democracia^(*)

III

El primer artículo que sobre este tema publiqué en CRISTIANDAD hacía referencia a lo que en el mundo actual, en especial el anglosajón que es el más preocupado por este fenómeno, se entendía, y podía decirse que era, la democracia.

Aquella "descripción" de lo que constituía la "creencia común de democracia" puede servir como punto de partida, para su encuadramiento y delimitación. Constituye el método más seguro de colocar a este "fenómeno" moderno en el sitio que le corresponde, aclarando su terreno circundante, y, en consecuencia, evitando los daños que surgen al confundir lo que es, lo que parece ser y lo que se quiere que sea.

Decía que Democracia era "una concepción de la vida humana basada en la libertad absoluta de cada uno en todo lo que no interfiriera con los intereses a la libertad ajena, complementado con un régimen de vida político en que se gobierna de acuerdo con la voluntad de la mayoría".

Si ello resulta bastante como punto de partida, es insuficiente como meta, y a ese efecto se plantea la pregunta: ¿Es la Democracia una creencia, o hecho, o fenómeno de carácter político o social, o de tipo moral, o de naturaleza religiosa?

Muchos, especialmente en los países no anglosajones, quieren dar a la democracia un contenido meramente político, como lo tuvo en la época clásica y lo conserva en su etimología. Esto podrá ser parcialmente cierto, y es en muchos casos la intención de los que la defienden, impugnan o simplemente manejan, pero hoy la democracia excede de ese contenido, no sólo entre aquellos que se pueden considerar como intérpretes de hechos y pensamientos humanos, sino en el ánimo firmemente arraigado de todo el mundo anglosajón.

Durante estancias en Inglaterra, conversaciones, lecturas de prensa, y a través de libros americanos o in-

gleses, no he encontrado una concepción exclusivamente política de la democracia. Es más, ni siquiera resulta fácil de comprender para su mentalidad la consideración de democracia como un fenómeno político, limitado al gobierno por el sufragio universal. Éste será un instrumento suyo, quizás necesario para la totalidad de los anglosajones, pero ni agota su contenido, ni siquiera constituye lo más esencial. Precisamente la visión de la democracia que en este artículo quiere darse, produce un indudable "shock" para el español que se asoma a los países en que tiene vivencia y es causa de una de sus primeras derrotas.

Es frecuente el caso del hombre joven, con entusiasmo, con una concepción de la vida o del mundo tipo español — en lo aparente, por desgracia no siempre en el fondo — que sale al exterior. Tiene el espíritu polémico y discutidor de nuestro temperamento y el poco de aire misional y hasta quijotesco que nos caracteriza más frecuentemente en nuestra juventud que el de Don Juan, aunque quizás después esto se altere. Seguro de lo que cree, quiere convencer a las personas con quienes tropieza de los errores de su demencia, pero se encuentra cortado en seco al advertir que no sirve de nada lo que para ello tenía preparado. La democracia es algo distinto, más sutil y profundo, menos sensible a los "tiros" contrarios, de lo que él había imaginado. Precisamente en el "shock" así producido, que fácilmente puede transformarse en el de todo un país, radica la necesidad de estos artículos, que intentan llamar la atención sobre algo, que de tanto tratarse superficialmente se ha ido desnaturalizando.

La democracia es un fenómeno, o si se quiere un mito, que queda dentro del campo de la "política". Es la impresión que de un modo principal domina a cualquiera que en nuestro país sienta preocupación por este problema. Pero rápidamente se desvanece este pensamiento. La democracia afe-

ta a algo mucho más profundo que unas elecciones, la designación del jefe del Estado o la aprobación de una Ley. Quizás se piense entonces en lo "social", ese vocablo, verdadero "comodín" de nuestro tiempo, a cuyo cobijo, como antes al de la libertad, se han cometido, no sólo errores sino crímenes, en que las principales víctimas eran precisamente los que se decía defender. En realidad, no existe diferencia ni separación terminante entre lo político y lo social, y querer establecerla es construir sobre bases irreales. La democracia es sin duda un fenómeno social, como lo es político, pero esto no agota su contenido y es "algo más".

Se entra en un terreno más firme al dar a la democracia una consideración moral. A ella se llega fácilmente. Quizás podría decirse que esto ha pasado a ser una creencia común de la mayor parte de los anglosajones. No es extraño teniendo en cuenta la preocupación moral que siempre les ha caracterizado, causa en un tiempo del tan criticado fenómeno de la hipocresía. Aunque hay que ver en la democracia algo que excede del terreno moral, en éste hay que detenerse, y sólo comprendiéndolo, puede uno darse cuenta de lo que en estos artículos se sostiene.

Si se considera a la moral como el conjunto de normas de conducta que regulan las relaciones de los hombres (1) no sólo en lo público, sino en lo privado, no puede haber duda del contenido moral de la democracia. Ofrece al mundo un sistema de normas de conducta en que el bien y el mal se determinan por su inclusión o exclusión de la ortodoxia democrática, con su principio de libertad para hacer todo aquello que no lesione los derechos o los intereses de los demás.

Así se crea una moral sin Dios en la que todo se ordena al prójimo, al resto de los hombres. Pero no se prescinde, como muchos creen, de dictar normas relativas a la conducta del hombre para con sí mismo, o para con todo aquello que no afecte a otras esferas de intereses, sino que de modo positivo se expresa que para ese caso procede la libertad, o sea, que es contrario a la democracia todo aquello que restrinja esta libertad, a no ser que esa restricción nazca de la libérrima propia voluntad.

La moral democrática choca, interfiere, a toda moral religiosa y muy en concreto a la moral cristiana. La democracia puede admitir el Cristianismo con sus normas de conducta, en lo que no afecta al prójimo, y en tanto se limiten a actos exclusivos de la conciencia de cada individuo, sólo a

(*) Véase CRISTIANDAD, 1 enero y 18 octubre 1951.

(1) En este sentido voy a utilizar este término.

él concernientes, y que porque quiere, acepta o rechaza, pero no como normas de rango superior, que trascienden el individuo y sin embargo le obligan aun cuando no se interfiera con esferas de derechos o intereses de otros individuos.

En realidad la "democracia" no admite la moral cristiana, ni ninguna otra moral religiosa más que en lo que coinciden con su propia moral democrática, y si transige con ella, es sólo de modo transitorio, como solución temporal, o quizás como peldaño en que apoyarse para una ulterior ascensión, pero siempre con el objetivo de hacerla desaparecer, y de sustituirla en su totalidad, "democratizando" el país. Toda contemporización entre moral democrática y moral religiosa ofrece un equilibrio inestable, puesto que son forzosamente contradictorias y tanto como la democrática es incompatible con la existencia de la religiosa, dentro de esta última no puede existir la primera.

Pero la democracia no se agota en un contenido moral, llega a algo más, o por lo menos se quiera hacer que llegue. La democracia no sólo se constituye por un conjunto de normas humanas de conducta, sino por una fuente de esas normas, por una instancia superior a la simple voluntad humana colectiva. Es una religión que hasta parece que tiene una liturgia con los ritos constitutivos del sufragio humano, y que, según sus "pontífices", está en trance de perfeccionamiento, hasta llegar a la fórmula perfecta que determine la felicidad humana al resolver todo problema de convivencia. Este quiere ser su paraíso, su nirvana, que como todo lo democrático se encuentra en la tierra, ya que democracia es por esencia la divinización de lo terreno, de lo que acostumbramos a denominar "material".

Afirmar que la democracia tiene una raíz fundamentalmente religiosa parece atrevido, pero si se denomina "religión" al conjunto de ligaduras de orden superior que obligan al hombre durante su vida, a la democracia en el sentido que se la viene tratando, hay que considerarla como a una religión cuyo origen, en lugar de residir en la voluntad de un ser superior, Dios, lo hace en una supuesta voluntad superior de la razón común de la humanidad. Tener esto en cuenta es fundamental para llegar a adoptar una posición trascendente frente a la democracia, no como la que se toma ante los problemas meramente objetivos, sino frente a los que afectan al hombre en el todo de su ser, en lo religioso, la suprema faceta de su personalidad.

A la anterior afirmación se llega

observando la realidad del sentido democrático de la vida que late en los países anglosajones. Solamente partiendo de la consideración religiosa de la democracia pueden llegarse a comprender muchos hechos que en ella participan, y, de modo concreto, la mentalidad que ha creado, y el culto que provoca.

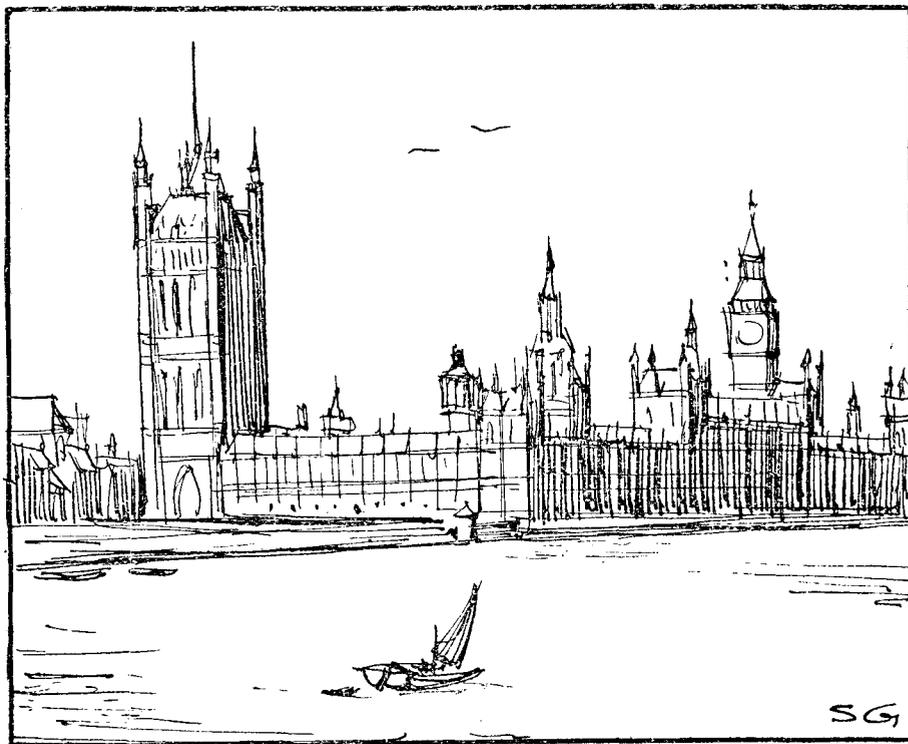
¿Cómo si no puede justificarse la subordinación a sus principios de todos los religiosos? Cómo en Roma, al lado del culto supremo a Júpiter, el dios de dioses, existían cultos a otros dioscellos menores, del mismo modo ahora, junto al culto al gran mito democrático, se tolera la creencia en otras religiones, para las que existe algo así como un "estatuto" del que son reglas importantes: que se limite a lo íntimo de las conciencias, que no afecte a los principios democráticos, que tolere otros cultos, y, en fin, que sea prudente en sus exteriorizaciones y sirva bien en el paraíso de la mediocridad que es la época actual.

Esta situación subordinada no es un invento, ni una exageración, es una realidad, que quizás escape al que no se preocupa por esto, pero que aparece terminantemente clara al buen observador de una sociedad democrática. En ella todos los sentimientos religiosos mueven a pensar en Dios, a sentir la sensación de lo trascendente, a escuchar en lo más profundo la voz que señala el hábito de Dios en nuestra personalidad, queda relegado a la esfera de lo "superfluo de la intimidad", que se permite tener como distracción o lujo imaginativo, pero que no debe salir de la interioridad como las pequeñas debi-

lidades, que cada cual guarda para sí o para los amigos más caros. Por eso no es corriente hablar de la religión en la sociedad inglesa, es de mal gusto, enojoso, puede disminuir el confort de la conversación muelle, suave, sin complicaciones. Esta es exactamente la valoración de lo religioso en los países democráticos.

Lo más triste para los que pertenecemos a la Iglesia Católica es que ese modo de sentir ha arraigado en muchos católicos, y de magnífico espíritu. Nunca podré olvidar el efecto que me produjo una conversación con una dama católica practicante, casada con un no católico, no sé si protestante o indiferente, que se mostró sorprendida cuando enfocando la pregunta en general, la dije que si en los casos de doble religión el cónyuge católico no pretendía atraer al otro a su religión. Contestó que en absoluto, que era un problema privado en que no había porque meterse. En aquel caso no puede achacarse a que hubiese distanciamiento en el matrimonio, que parecía muy bien avenido.

La Democracia es la religión del materialismo, constituye el supremo ordenamiento de la razón humana, que al negar al verdadero Dios, busca en ella todas las normas de convivencia y relación. Entrando en el campo de la síntesis, casi podría decirse que la democracia es el penúltimo peldaño de la escalera que comenzó con Lutero al liberar al hombre de la Iglesia, continuó con la revolución francesa liberando al hombre de Dios, y tiene que acabar proclamándole instrumento de opresión al servicio de unos pocos, puede asegurarse que no



hay nada para convertir al hombre en esclavo, como hacerle creer que es Dios. Y así el último peldaño de esa escalera tiene dos facetas, en una lo que hoy conocemos por comunismo, que hace Dios al pueblo, despreocupándose ya de adular al hombre, a quien se ha quitado toda posibilidad de defensa, creando en cambio un ideal, que a pesar de su origen no divino, sirve para saciar el ansia de Dios que late en el fondo de cada ser humano; la otra es la anarquía y el suicidio de todo principio, que es en lo individual el existencialismo, premisa que crea el ambiente necesario para el caos que transforme o aniquile la sociedad occidental, castigándola de sus errores y haciendo bien patente nuestra dependencia de la misericordia divina.

Aunque la religión democrática no tenga una estructura orgánica semejante a la de nuestra religión, tiene grandes puntos de contacto con ella. Toda religión tiene una base de reflexión en los principios reales religiosos connaturales al hombre. En el momento actual del mundo, con tantos ensayos de religión a lo largo de la historia de los distintos pueblos, no es posible "inventar" una nueva; cualquier fórmula que aparezca debe tener una profunda influencia de lo conocido. La religión democrática está inspirada por la religión cristiana, hasta podría decirse que sin ésta no hubiese sido posible, puesto que hasta ella no se dignifica el hombre como tal, estableciendo entre él y Dios una relación distinta a todas las situaciones que el hombre pudiera tener en la tierra, como hombre, no como esclavo, o campesino, o súbdito o príncipe.

Dice Pascal de Descartes que al no poder prescindir de Dios en su orden sólo le faltaba hacerse Dios, y así ha ocurrido con un fruto tan directo de la obra de Descartes como es la moderna democracia, que ha querido sustituirle creando una religión que diviniza la voluntad humana.

Quiero detenerme en las conexiones que veo entre la religión democrática y la cristiana, porque aún cuando no acierte en la exposición de mis ideas siempre contribuiré a resaltar algo que yo veo, de gran transcendencia para comprender bastantes aspectos del mundo moderno, y en más de una dirección.

Por desecristianizado que esté el mundo actual, todo lo que se conoce por occidente, en donde la democracia ha surgido sin distinguos de Europa a América, está fundado en su origen cristiano, en una estructura con mucha influencia del cristianismo, y hasta una savia que bebe siempre en fuentes cristianas. Así era forzoso

que la religión democrática tuviese más relación con la cristiana que con cualquiera otra.

Pero aún se puede llegar a más, la religión democrática constituye un desmembramiento del cristianismo, que es antecedente necesario suyo, casi me atrevo a decir, la democracia es una herejía cristiana, al menos eso cabe en cuanto a los principios con que se quiere religar al hombre. Si se analiza el alcance de lo que anteriormente decía que era la moderna democracia, se apreciará que toda está inspirado en el Decálogo, pero sólo en una parte de éste.

Desde muy pequeños sabemos los dos mandamientos en que se encierran los diez del cristianismo, amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo. La democracia prescinde de lo primero, lo ignora, y en cambio limita todo su contenido a lo segundo, amarás al prójimo como a ti mismo. Es cierto que lo desnaturaliza pues un cristiano ama a su prójimo como un reflejo de su amor a Dios, único modo posible de cía al prójimo hay que respetarle, por amarle, mientras que en la democracia el mismo, por su participación en la suma de todas las voluntades que constituyen la voluntad humana. El cristiano ama al hombre "por Dios", el democrata respeta al hombre "por lo que tiene de Dios". Aun cuando en esta actitud haya una profunda diferencia, hay siempre un fondo en sus consecuencias morales de indudable similitud.

El cristianismo distingue entre los deberes para con Dios y los deberes para con el prójimo. Los tres primeros mandamientos ordenan nuestros deberes para con Dios, el quinto, el séptimo, el octavo, el noveno y el décimo, nuestros deberes para con el prójimo y el cuarto y el sexto fundamentalmente para con nosotros mismos, que sólo tienen razón de ser por nuestro deber para con Dios, de ordenar toda nuestra vida a su mejor honra y servicio. No santificar las fiestas, no honrar a nuestros padres, fornicar, no perjudica directamente a nuestro prójimo, ni lesiona su esfera de intereses, ni se interfiere en sus derechos. Puede esto parecer dudoso en cuanto a las obligaciones hacia nuestros padres, pero el caso es el

mismo y para comprenderlo pongámonos en el caso de considerar al padre como un "individuo", lo que a él nos liga es claramente de orden sobrehumano, que sólo se justifica por una voluntad superior, y si no tenemos el ejemplo de los animales pasado el período de inferioridad física de las crías, y el de desprecio a los padres en los períodos de irreligiosismo. Todo ello constituye algo completamente diferente de nuestro prójimo, y que sin embargo nos obliga con la misma fuerza que un "no robarás", o "no matarás". Esto no lo tiene un democrata ni lo puede comprender, aún cuando es bien cierto que está tan grabada en el alma humana la ley Divina que nunca podrá llegar su doctrina hasta las últimas consecuencias, que es precisamente donde se aprecia el error y la verdad. Toda moral, toda norma de conducta democrática, se agota en aquello que pueda dañar o interferirse con el prójimo, fuera de ello su principio es el de libertad que se justifica en la divinización de la voluntad y la razón humana.

De este modo la religión democrática ha recogido una parte de los principios cristianos, los ha desnaturalizado desgajándoles del resto, los ha integrado en su divinización humana, y ha creado sus dogmas. A todo esto pueden oponerse distinguos y hacerse reparos. La lógica como toda cualidad absoluta, sólo cabe en lo verdadero, lo falso en cambio tiene que estar lleno de contradicciones, y así ocurre en la aplicación práctica de lo democrático, en las interpretaciones que cada uno puede dar de ello.

En todas las herejías ocurre algo parecido a la democracia. Toman una parte de la verdad cristiana e ignoran o, más bien en este caso, desprecian a las restantes, y al mismo tiempo inculpan de que lo que ellas poseen no existe en el cristianismo, y aquí al hablar de cristianismo nos referimos, como es lo ortodoxo, al catolicismo. Así hoy día se está acusando al espíritu católico de despreocupación por la libertad del hombre cuando ésta es su aportación fundamental a la humanidad, que sólo por Cristo, su mediación y su sacrificio ha podido darse.

I. HERNANDO DE LARRAMENDI

Supranacionalismo cristiano

MIRO, en mi vida, hacia atrás y, en algunos aspectos, no me reconozco. La experiencia adquirida, principalmente en estos últimos años, fruto de observación y estudio, ha volteado mi mentalidad. Ideas y sen-

timientos que, no ha mucho, señoreaban en mí, hasta el punto de moverme como un pelele, ahora llegan a causarme violenta repulsión. Hogaño condeno lo que antaño respeté y defendí como sagrado. ¡Qué inconscien-

cia la de mi juventud en cosas fundamentales! Confesaré en estas líneas una de las rectificaciones más acusadas en el orden de mis ideas juveniles: sobre la patria y el patriotismo. Quiero tener muy en cuenta esta rectificación a la hora de la educación de mis hijos; tal vez ellos, con parecidos educadores a los míos, si no los mismos, incurran en idéntica torpeza. Ha tenido que llover mucho en mi espacio circundante para declararme, como cristiano, como católico, en estado de alarma.

"Patriotismo" es, según reza el Diccionario de la Lengua Española, "amor a la patria". Pero, ¿qué es patria? No es posible definir con precisión el concepto patria, variable en el tiempo y en el espacio, a merced de circunstancias políticas, sociales y económicas. Tras la Revolución francesa irrumpió en Europa, en el mundo, el patriotismo nacionalista, enraizado en los municipios clásicos de Grecia y Roma, reelaborado primero por los romanistas, después por los hombres de la Ilustración. Los revolucionarios franceses fueron los nuevos y auténticos patriotas; frente a ellos, los monárquicos, leales todavía a su dinastía de reyes, antepusieron el servicio al rey, encarnación de valores concretos, naturales y orgánicos, al de la nación, suma de valores abstractos, artificiales e inorgánicos. "En España, la guerra de la Independencia dió lugar a la explosión de un patriotismo jacobino, nacionalista, cuyo símbolo fueron las Cortes de Cádiz; pero el bajo pueblo combatió en realidad movido, mucho más que por él, por el sentimiento de lealtad dinástica y, sobre todo, por razones religiosas... Fué precisa la guerra civil de los siete años para que prevaleciese aquí el patriotismo nacionalista sobre la fidelidad al príncipe..." (J. M. de Azaola, "En torno a una concepción pluralista de la patria", Documento núm. 8 de las "Conversaciones Católicas Internacionales", San Sebastián, 1951). La guerra civil fué trascendente: España, derrotados los carlistas, pierde la oportunidad de salvar por aquel entonces su patriotismo católico y monárquico. Ya en nuestro siglo, frente a burgueses y aristócratas aburguesados, nace, como fruto de la revolución industrial, una nueva clase social: el proletariado. El proletario es internacionalista porque la patria-nación fué inventada por sus enemigos burgueses. De este forcejeo entre burgueses y proletarios, nacionalistas e internacionalistas, surgen los regímenes totalitarios. Aunque, gracias a Dios, el patriotismo nacionalista ha entrado en crisis, no faltan países, generalmente atrasados y débiles, a merced de las gran-

des potencias, que aun fanfarronean un nacionalismo trasnochado. También en España, donde a veces el patriotismo degenera en patrioterismo, se tiende a encabezar la escala de valores con la patria-nación, aun cuando en política exterior se sigan otros derroteros.

El patriotismo nacionalista se caracteriza por el odio y el insulto al prójimo extranjero. Y esto es grave, pues nos lleva, entre otras cosas, al quebrantamiento del primer mandato de la ley de Dios. "Amarás al Señor, tu Dios, con todo corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más grande y primer mandamiento. El segundo, semejante a éste, es: Amarás al prójimo como a tí mismo. De estos dos preceptos penden toda la ley y los profetas." (Mat., XXII, 37-40.) Próximo nuestro es tanto el compatriota como el extranjero, amigo o enemigo. "Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos." (Mat., V, 44 y 45.) Los enemigos, que hemos de amar, se encuentran también más allá de nuestras fronteras, allende los mares. Todo el Juicio final ha de girar en torno a la caridad; el hambre, el sediento, el peregrino, el desnudo, el enfermo, el preso puede muy bien ser cualquier extranjero; los pecadores de omisión "irán al suplicio eterno". Podemos suponer el juicio particular, al fin de nuestras vidas, semejante al juicio universal.

Mis profesores católicos me enseñaron una historia basada en el patriotismo nacionalista; no se ha dejado de infundir este sentido nacionalista a las juventudes españolas; me preocupa, por ello, grandemente, la historia que han de estudiar mis hijos. "El mayor escándalo de los cristianos de los últimos siglos es la desunión de los que se que se llaman y son hermanos en Jesucristo e hijos de un mismo Padre. Existen barreras nacionales que los mismos católicos han coadyuvado a construir, se enseña la historia a la juventud — aun por centros católicos — con un carácter nacionalista que hiera la unidad del Cuerpo Místico de Cristo, un católico patriota francés se encuentra más unido a un masón o comunista de su nación que a un católico español, al que tachará de ultramontano." (Raimundo Paniker, "Patria y Cristiandad", Documento núm. 8 de las "Conversaciones Católicas Internacionales", San Sebastián, 1951.)

Patriotismo nacionalista, fruto de la Revolución francesa, y catolicismo son términos antagónicos desde muchos puntos de vista. Nos hemos

de acostumbrar a la simple consideración en cristiano de la persona humana; es decir, a la visión del hombre como hijo de Dios, hermano nuestro en Jesucristo, desnudo de nacionalidad. Del hombre así considerado, debemos orientar nuestra mirada hacia la familia cristiana, sin parar mientes todavía en el espacio. Ya asegurada, en cristiano, la visión del hombre y de la familia, podemos ascender a las patrias chicas y a las patrias grandes, como vinculaciones naturales, orgánicas, de familias cristianas. Y así, en este camino ascendente, llegaremos a las sociedades de Estados cristianos, a la CRISTIANIDAD, meta suprema del catolicismo integral. Alrededor de la persona humana, como centro universal, se han de ir abriendo diversos círculos, sin trazar, entre ellos, fronteras artificiales, rompedoras de su continuidad; todos estos círculos concéntricos deben ser, para el cristiano, patrias. La barrera nacionalista, infranqueable, desintegradora, rompe el orden cristiano hacia dentro, hacia el individuo, y hacia fuera, hacia la CRISTIANIDAD. Los cristianos, pues, del mundo entero, no debemos tener patria, sino patrias, cuya suma ha de constituir, en común, la nueva CRISTIANIDAD.

Por otra parte, sólo este orden cristiano, fundamentado en la caridad, puede garantizarnos la paz. El patriotismo nacionalista, desorden ateo, será siempre semillero de discordias y de guerras. Se teme que las actuales guerras, más o menos locales, adquieran mayores proporciones, tal vez proporciones mundiales; por doquier, a uno y otro lado del telón de acero, se habla de paz; pero nadie sigue el único camino, tantas veces señalado por el Santo Padre, que puede conducirnos a una paz auténtica, estable y duradera: el orden cristiano. Poco podemos esperar del llamado "mundo libre", mundo occidental, con su anticomunismo ateo, excluidor de Cristo. Vivimos sin Cristo o contra Cristo. La paz actual, sólo relativa, se basa en la existencia y amenaza de las armas modernas — la bomba atómica, la bomba de hidrógeno —. "¿No es quizá una especie de materialismo práctico, de sentimentalismo superficial, el considerar en el problema de la paz única o principalmente la existencia y la amenaza de esas armas, mientras se da poca importancia al hecho de faltar el orden cristiano, que es la verdadera garantía de la paz?... El terror, que ellas inspiran, vienen a perder, con el tiempo, su eficacia, como sucede con cualquier otra causa de miedo; o, por lo menos, no bastaría, si llegase el caso, a frenar el desencadenamiento de una guerra,

especialmente donde los sentimientos de los ciudadanos no ejercen un peso suficiente sobre las determinaciones de sus Gobiernos." ("La Iglesia y la Paz", Radiomensaje de S. S. el Papa Pío XII en la víspera de Navidad de 1951).

Si realmente deseamos la paz, seamos los cristianos del mundo entero auténticos cristianos, obremos como cristianos, unámonos y amémonos como cristianos, establezcamos por doquier un orden cristiano. El patrio-

tismo nacionalista nos oprime, nos inutiliza; carente de caridad, mantiene desunidos y enfrentados a quienes debiéramos estar apiñados en Cristo; esclavitud, odio y guerras son sus fatales consecuencias.

Ni nacionalismo, rompedor del orden cristiano, ni internacionalismo apátrida, basado en la estructura nacionalista: supranacionalismo cristiano, camino de la nueva CRISTIANIDAD.

JOAQUÍN DRAKE DE ALVEAR

El momento escatológico

Josef Holzner, en la introducción a su bellissimo libro "El mundo de San Pablo", define el carácter escatológico de nuestro tiempo con las siguientes palabras: "Lo mismo que los antiguos, el hombre de hoy ve imperar sobre sí un ciego automatismo a cual llama política o técnica. La duda metafísica en el sentido y en la bondad del ser en general le conmueve y constituye su más temible tentación. Tal aversión por la existencia ha prendido en capas extensas, incluso de la juventud, a la que hace preferir la nada absoluta al ser." Estos sentimiento de decepción e irresponsabilidad los encuentra sobre todo en Alemania y Francia, donde ha cuajado una filosofía de la desesperación, que es el existencialismo. Admitiendo la exactitud de la caracterización escatológica de nuestro tiempo, debemos recusar su singularidad, advirtiendo sobre todo que para el cristiano que se sabe dirigido por la voluntad de Dios, todo instante de su vida es una fase terminal, una posibilidad de juicio divino y por consiguiente de sanción, una irrupción del sentimiento del fin, desde el cual ha de regular todos sus pasos. No sería ninguna exageración el afirmar que cualquier vida en la que el sentimiento del fin, el marco escatológico no sea una especie de condición determinante de conducta, no es una vida cristiana. Este criterio que nos parece válido para la vida personal es asimismo aplicable a la vida social y al desarrollo de la historia. Cada fase del desarrollo histórico es una fase terminal, y, como quien dice, una "rendición de cuentas" de todo el pasado. Cuando la concepción providencialista de la historia, desde los Profetas, pasando por San Agustín, Paulo Orosio, Bossuet y por último Arnold Toynbee, acogen este criterio, no suelen suscitar demasiadas polémicas, porque se trata de conclusiones siempre sujetas a comprobación y garantizables mediante ésta.

Sin embargo, no parece lógico que

haya de esperarse a que venga la Historia con su sanción, para dar acogida con todas sus consecuencias a este pensamiento. De hecho, lo mismo que se vió en el momento del nacimiento de nuestro Divino Redentor, que su biografía, en sus grandes y principales rasgos había sido ya escrita por los profetas, antes de su Encarnación —y gran parte de la fuerza dialéctica de San Pablo en la predicación cristiana, radica en la prueba de que Cristo era el cumplimiento de numerosas profecías, y su venida una "culminación de los tiempos" —, ahora mismo deberá también afirmarse que los rasgos principales de nuestra época están ya historiados proféticamente en los "Sagrados Libros". Dios, al crear al hombre, le ha dado, con las normas de conducta, indicaciones precisas del camino, y frecuentemente, los hitos indicadores para que comprenda el punto en que se encuentra, en la marcha hacia la realización de los planes divinos. Si pasado algún tiempo podrá brindarse la prueba de que los sucesos actuales tiene un sentido providencial, valdrá el afirmarlo también en este momento, aunque su indicación sea muy difícil y, en algunos casos, imposible.

Ha de parecer de una tremenda frivolidad cuanto en estos mismos momentos se realiza para frustrar, por ejemplo, los planes comunistas de dominio mundial. No son sólo los grandes ejércitos, ni el poderoso desarrollo industrial el medio adecuado para contrarrestar la amenaza. Recordemos aquí que ya San Pablo en su carta a los Efesios (VI-XII) dice, refiriéndose a las querellas en que se enzarzaban aquellos fieles: "Porque no es nuestra lucha contra seres de sangre y carne, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus del mal que andan por el aire". Su Santidad el Papa Pío XII en su reciente carta al pueblo ruso ha aplicado esta cita a la lucha que sostienen allí los cristianos frente al co-

munismo. Es decir, que ha dado de éste una interpretación "diabólica", en el sentido de que son las fuerzas del Espíritu del Mal las que se encuentran hoy desatadas dando la batalla a la religión cristiana. La defensa de la civilización cristiana, tendrá que fundarse, por consiguiente, en la movilización de fuerzas espirituales antagónicas en primer lugar. A este respecto y, frente a la forma de lucha por él definida, habla San Pablo de "todas las armas de Dios", que son la Verdad, la "loriga de la Justicia" y del "escudo de la Fe" así como de la "espada del espíritu, que es la palabra de Dios". Dado que el Romano Pontífice ha emparejado la presente amenaza mundial con la que San Pablo remitía a los "Principados", "Potestades" y "los espíritus del mal", los remedios indicados, por el apóstol, son los que deben tener la más adecuada aplicación, y entre ellos en primer lugar, "la espada del espíritu, que es la palabra de Dios".

Todo lo que no sea entender nuestro momento crítico con esta dimensión escatológica, será pura diversión frívola. Y de diversión frívola habremos de calificar la aspiración de aquellos que sueñan con una victoria de la civilización cristiana, basada exclusivamente y primordialmente en un prevalecimiento del poderío externo de las naciones occidentales sobre las del grupo soviético. Podría darse una plena y total victoria militar con una plena y total quiebra y fracaso en el plano del espíritu en que se sitúa verdadera y auténticamente la lucha. Si la totalidad de los recursos invertidos o en proyecto para contrarrestar la amenaza soviética en la forma inadecuada que acabamos de señalar, se aplicaran para una lucha espiritual, los resultados habrían de ser sin duda infinitamente más sólidos, e incluso con más firmeza perceptibles en una futura historia de los momentos presentes. Pero desgraciadamente cuesta mucho entender la política con un criterio auténticamente cristiano, y por consiguiente, también escatológico. La crisis actual la hemos visto bien definida por San Pablo hace casi dos mil años, y adivinada hoy por un joven poeta alemán, Arnold Roth. Vamos a dar la visión de este poeta en su traducción castellana, porque al lado de su gran belleza literaria, nos parece cargada de un profundísimo aliento.

"En gran espera está hoy el mundo entero. Señor, desciende; ya es sombría la tierra. ¡Sé la lluvia que caiga en nuestro yermo, sé Tú el martillo que golpee la peña; como fuente revélate de nuevo!

El tiempo está parado, y pretenden hundirse ahora los pueblos en ocaso; porque, he aquí, su vida es... larga muerte, es el oprobio, su pan cotidiano, y es el odio el cáliz de que beben.

¿Ves? Anochece. Y no hay cántico alguno. Y cada cosa su final anhela, y cada estrella ansía también el suyo. ¡Señor!, ven pronto; siente miedo el mundo. ¡Señor!, ven pronto; larga es nuestra espera. De tus manos potentes y serenas."

Esta interpretación poética de la crisis de nuestro tiempo está cargada de acento escatológico, como se siente por la invocación reiterada a la venida del Señor. El poeta presiente cierta inminencia o proximidad divina, lo que también podríamos traducir como sensación de que algunos extraordinarios planes providenciales están prestos a cumplirse en nuestro tiempo, expectación que da grandeza apocalíptica a los momentos que es-

La crisis del patriotismo

Hay cualidades y virtudes que no están de moda. Ni las realidades más grandes y sagradas se escapan en ocasiones de esta triste fatalidad que las convierte en escarnio y ludibrio de los hombres. El pensamiento de la sociedad humana sufre con frecuencia verdaderas atroñas, y por esto nada extraño ha de parecer que los hombres juzguen a veces completamente desacreditado y pueril, lo que es en sí grande y sublime, lo que deberían tratar con veneración y respeto.

Una de las grandes realidades a la que ha tocado últimamente la triste suerte de ser escarnecida y menospreciada ha sido la realidad de la patria. A pesar de todos los discursos, declamaciones y exaltaciones de la patria, hay actualmente en el mundo una verdadera crisis de patriotismo. Ese mismo afán de hablar de la patria y de exigir con tanto encarecimiento en los ciudadanos una educación patriótica es una prueba clara de lo que hemos afirmado. Nunca se habla tanto de la salud y de la necesidad de cuidarla como cuando se ha perdido. No nos podemos llamar a engaño: son relativamente pocos los que aman y practican en nuestros días la virtud moral del patriotismo.

Y, sin embargo, es esta virtud tan natural en el hombre como el amor a nuestros padres y a nosotros mismos. El Creador ha depositado en nuestro espíritu una tendencia innata a amar y defender aquella realidad constituida por una agrupación de seres que forman en su conjunto una nación y una patria por el espíritu social que los informa, por el idioma que es manifestación de este espíritu, por la tradición histórica y cultural que los envuelve, por la convivencia en un mismo país. El hombre, así como ama naturalmente a sus padres, que son los autores de su vida, así ama tam-

amos viviendo. Si, pues, la batalla dada en el plano espiritual contra los "Principados" y "Potestades", la defensa no puede ser otra que la que recomendaba San Pablo, que consiste en esgrimir y manejar con denuedo "la espada del espíritu, que es la palabra de Dios". Lo que no sea esto es perder el tiempo, algo así como combatir las sombras con palos o con cuchillos, cuando su único antídoto tiene que ser la luz. Contra los poderes de las tinieblas no hay otra réplica adecuada que enfrentarle los poderes de la luz, según la soberbia metáfora de San Pablo, "la espada del Espíritu".

JESÚS SAINZ MAIZPULÉ

bien a la sociedad en que ha nacido y a la que debe su lengua, su cultura y su manera concreta de ser y de pensar. La patria — su mismo nombre lo indica — ejerce oficio de verdadera paternidad hacia los que han nacido en ella. Es evidente que yo debo mi idioma y mi educación física, intelectual y religiosa al hecho de haber nacido en este país y no en otro, entre estos hombres que me rodean y no entre otros. Seguramente sería yo muy diferente de lo que soy ahora, si hubiese nacido, por ejemplo, en la India o en una tribu del Congo. Mi patria me ha hecho tal como soy. De aquí se sigue el deber que tengo de honrar a mi patria; deber que se funda sobre todo en razones de agradecimiento.

Estas verdades claras y de sentido común es evidente que casi todo el mundo las admite, es evidente que las admiten aun aquellos mismos en quienes el patriotismo está en crisis. Pero cuando de la serena región de los principios y de los razonamientos abstractos pasamos a la concreta designación de nuestra patria, con su nombre propio, con los deberes inmediatos y costosos que nos exige, entonces surge la contradicción y la protesta. Vemos claramente que, al tratar de deducir las consecuencias prácticas del patriotismo, ha fallado algo. No de otro modo se explica esta anomalía de que hombres normales, con un sentimiento patriótico en su naturaleza, rehuyan el amor y el servicio de la patria. En otra forma más breve: estamos convencidos de que hemos de amar a nuestra patria, pero dudamos mucho que sea verdaderamente nuestra patria lo que se nos designa con el nombre de tal.

* * *

Tratemos ahora de investigar someramente el camino por donde se ha

llegado a tan lamentable situación. Porzosamente un mal tan general como el que estamos denunciando ha de proceder de causas muy generales que hayan afectado durante mucho tiempo a grandes sectores de la sociedad moderna. Ha de proceder el mal de una concepción equivocada de la sociedad civil que durante muchos lustros haya reinado en el mundo. Pues bien, no vemos ninguna concepción equivocada sobre el orden social con los caracteres indicados, si se exceptúa el error del liberalismo, nacido de la Revolución francesa. Sí, el liberalismo y sólo él es el verdadero culpable de la actual crisis del patriotismo. De ello no podrá cabernos ninguna duda razonable después de haber expuesto algunos de sus principios fundamentales y haber examinado los efectos que la aplicación de estos principios ha producido en el mundo. Pero nuestra sucinta exposición apuntará más lejos: veremos al mismo tiempo que sólo decidiéndonos a abandonar los residuos liberales que todavía existen en nuestra sociedad y rigen el funcionamiento de los Estados modernos, podremos esperar con fundamento la resurrección de un sano espíritu patriótico, no ciertamente exaltado y frenético, pero sí natural, sacrificado, firme y duradero.

Una de las cosas que nos hicieron detestar y aborrecer más pronto al Nacionalsocialismo alemán, aun antes de tener noticia de la inicua persecución emprendida por él contra la Iglesia, fué aquel satánico espíritu de soberbia con que solía revestir todas sus empresas. Lo mismo nos ocurrió con otras teorías políticas totalitarias. Se ha dicho que el liberalismo sólo podía tener como término una dictadura: la del sable o la del puñal. Nada más cierto. Los regímenes totalitarios son hijos legítimos del liberalismo, y los rasgos fisonómicos del padre y de los hijos son con frecuencia asombrosamente parecidos. La soberbia y orgullo que nos repugnó en el Nacionalsocialismo no era más que una herencia legada por el estatismo liberal.

Fué efectivamente Rousseau, con su teoría de la bondad natural del hombre, la raíz de esta soberbia. Si es bueno todo lo que hay en el hombre, si las tendencias humanas y los instintos de la naturaleza se presentan en su constitución y en su funcionamiento perfectamente equilibrados, ¿qué condición se necesitará para alcanzar la completa felicidad en este mundo, sino dejar al hombre en la más absoluta libertad en el ejercicio de sus facultades y aptitudes? Desconocido o negado el dogma del pecado original y la intrínseca vulneración realizada por él en nuestra na-

turalidad, no se ve cómo podrá ponerse reparo, si hacemos abstracción de las consecuencias y resultados, a una doctrina tan radicalmente optimista; no se ve tampoco por qué deberá reprimirse ese íntimo y enorgullecedor sentimiento de confianza en nosotros mismos. Si todo lo que hace el hombre por sí mismo es bueno, evidentemente deberá gozar de una libertad omnímoda, evidentemente el mal sólo podrá venir de interponerse a la libre actuación de un individuo la voluntad de otro individuo. El sistema del liberalismo gira en su totalidad alrededor de este principio. De él se deduce lógicamente toda una ciencia social y política. El origen último de la autoridad será la libre voluntad de los individuos que convienen en formarla y reconocerla. La mayoría tendrá siempre razón y será, no solamente la ejecutora del Poder civil, sino también la definidora del derecho y de la justicia. La misión de la autoridad pública podrá consistir únicamente en una tarea de policía y vigilancia, tendrá que limitarse a defender la libertad de cada individuo, y, con todo, tenderá a ser cada día más absorbente y despótica.

No hay en esta última aserción contradicción ninguna, aunque a primera vista pudiera parecerlo. Veámoslo. Con la afirmación de que la mayoría es infalible y han de ser siempre atendidos sus fallos, el liberalismo invierte el orden social. Hace de la autoridad, no sólo una entidad superior y dirigente de las otras, sino la entidad única que por sí misma tiene derecho a subsistir. La opinión o el dictamen de la mayoría será lo único respetable, porque en ella apriorística y arbitrariamente se habrán incorporado todos los demás elementos sociales existentes. Lo que en el orden real de las cosas no se encuentre vinculado a ella, las minorías, los organismos naturales — la región, el municipio, la familia — que vivan al margen de sus preocupaciones y planes, serán considerados como un cuerpo extraño en la sociedad, como un estorbo, y como tal serán tratados. La ley es siempre buena dentro de la teoría liberal. Los dictámenes de la autoridad son infalibles. La imperfección, la inadaptación, deben achacarse al individuo. Por consiguiente, como diría el doctor Torras y Bages, serán los individuos los que deberán conformarse a la ley y no la ley a los individuos. Es como si alguien razonara de este modo: Los zapatos son elegantes y de moda porque la zapatería donde se han adquirido es de las más concurridas. Por lo tanto, si te producen dolor al llevarlos, la culpa será de tu pie y no de los zapatos, y no te quedará otro remedio que soportarlos, pues lo per-

fecto no debe ceder a lo imperfecto.

El Estado igual a mayoría no deberá servir a los organismos naturales y a los individuos que de hecho existan en él, sino que deberá ser servido por ellos: se instaurará un culto de idolátrica adoración al dios Mayoría. El centralismo más antinatural, la absorción por el Estado del individuo y la familia, es una consecuencia inevitable del liberalismo. La tendencia a considerar las voluntades de todos como existentes e integradas en el gran todo de la mayoría, forzosamente ha de repercutir en la vida del Estado, imponiendo el más artificial y despótico unitarismo.

Ahora bien, las leyes y disposiciones que dé una autoridad constituida de esa forma, ofrecerán dos aspectos curiosos y diametralmente opuestos. Por una parte habrán sido dadas con la arrogante pretensión de ser obra de los mismos individuos que componen el Estado, y por otra, atacarán con frecuencia los derechos de numerosos grupos o usurparán funciones de organismos inferiores que tienen vida propia. El resultado a que se llegará con este proceder se advina fácilmente. Los súbditos se acostumbrarán a mirar como un enemigo a la autoridad del Estado que conculca sus derechos, considerarán las leyes como disposiciones odiosas de un Poder que sólo trata de esquilmarlos y sacar de ellos todo el provecho posible; y cuando esta autoridad, totalmente desprestigiada y sin fuerza moral, invoque para hacerse obedecer los sagrados intereses de la patria por ella representada, los súbditos se sentirán inclinados inevitablemente a desentenderse de esa patria, presintiendo de un modo inconsciente que una cosa es la verdadera patria y otra muy distinta el Estado que enfáticamente se arroga su representación en un momento dado.

El patriotismo es en el fondo un sentimiento de amor, y para que la llama de amor no se extinga, sino que se conserve y aumente, es necesario un contacto duradero y sostenido con la cosa amada. Pero el liberalismo, con su culto a la voluntad de la mayoría, peca contra esa ley del espíritu humano. Si la sociedad ha de conformarse constantemente a los dictámenes emanados de la mayoría, que, además de representarla, la constituye íntegramente; si según la variabilidad de estos dictámenes, ha de variar también la forma y fisonomía de la sociedad civil, ¿qué contacto podrán establecer los súbditos con ella? Y sin ese contacto ¿cómo podrán amarla? Por esto de un país liberal que ha renegado de la tradición histórica de sus antepasados, que ha derribado las viejas ins-

tituciones que respondían a las necesidades reales y a los deseos de sus hijos, todo el mundo puede marcharse sin el más mínimo sentimiento de nostalgia. Un paso fatal ha sido dado. Se ha derribado una patria, obra de Dios laboriosa y compleja, levantada a través de procesos largos y complicados en el constante tejer y destejer de la historia humana, se ha improvisado para colocarla en su lugar otra patria nueva, obra del hombre artificial y caprichosa, monótonamente unificada de formas y elementos, y ahora se pretende que todo el amor y entusiasmo que se sentía por la primera se sienta también por la segunda. ¡Vano empeño! No podemos amar lo que nos perjudica. No podemos trasladar nuestro amor y nuestro afecto sin más ni más a objetos cada día diferentes y contrarios, admitiéndolos y rechazándolos alternativamente en nuestro espíritu con la misma facilidad con que nos cambiamos de camisa.

La consecuencia que de estas rápidas consideraciones se desprende no puede ser más clara. Quien desee restaurar en los hombres de nuestro tiempo este nobilísimo sentimiento de amor a la patria, es necesario que rechace enérgicamente la teoría del Estado liberal en todo su conjunto. No hay bastante con aborrecer y ridiculizar al liberalismo en alguna de sus características y vulnerables facetas, por ejemplo, en el campo económico o en el del parlamentarismo político. Es necesario hacer más. Hay que desarraigar todo el andamiaje del Estado moderno de los deleznable y ruinosos fundamentos liberales, sobre los que todavía está edificado, a pesar de aspavientos totalitarios y altisonantes protestas, y colocarlo sobre las verdaderas e inmovibles bases de la suprema realeza de Jesucristo. Hay que renunciar de una vez para siempre al opresor cesarismo, impropio de una sociedad cristiana. Demasiado tiempo hemos arrastrado el peso muerto que nos dejara un caduco y desacreditado liberalismo político.

Nadie podrá sentirse patriota — a no ser que haga a sus naturales inclinaciones una violencia casi heroica y propia de muy pocos — en un Estado donde no se respeten suficientemente los derechos de la persona humana. No habrá patriotismo allí donde no se dejen desarrollar convenientemente las peculiaridades culturales y lingüísticas de los pueblos; allí donde el derecho escrito, codificado y uniformado, luche con la tradición jurídica del país ajustada a las normas de equidad natural; allí donde se niegue a la familia el imprescriptible derecho de educar a los hijos en cole-

gios de su elección, ya se ejecute este abuso opresivo mediante un monopolio escolar, ya por medio de leyes injustas que hagan de la enseñanza privada, sobre todo de la ejercida por la Iglesia, algo completamente inasequible a las clases menos afortunadas. Imposible resultará ser patriota cuando el Poder del Estado se arrogue un dominio efectivo y usurpador sobre la propiedad de los súbditos, ya sea señalando la expropiación forzosa en casos no exigidos por el bien común, sino simplemente por razones de ornato, ya sea imponiendo una tributación exorbitante sobre los bienes de los particulares, que de legítimos propietarios, se convertirían de hecho en meros administradores del erario público.

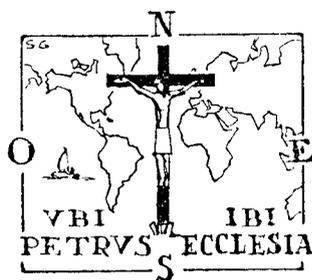
Mas, para desterrar de nuestra sociedad los inveterados abusos legados por un secular régimen liberal, es necesario colocar a la moral como

fundamento del derecho, admitir en el ejercicio del gobierno la superioridad de las normas divinas y la anterioridad, con respecto al Estado, de la persona y las sociedades naturales. Sólo la Verdad nos hará libres. Sólo reconociendo a Jesucristo como supremo Rey de la sociedad humana florecerá en el mundo la verdadera libertad y, consiguientemente, el amor a la propia nación y a la autoridad que la rige.

Cerrar los ojos a esta luz salvadora equivale al suicidio. Así en el orden abstracto y especulativo del examen de las teorías sociales como en el práctico e histórico de la observación de los hechos, vemos resplandecer una verdad: La dignidad humana sólo ha sido atendida y respetada en las sociedades que han reconocido a Jesucristo por supremo Señor. La tranquilidad del orden, el bienestar, el normal desarrollo de virtudes socia-

les tan eminentemente humanas como el patriotismo, sólo han alcanzado su máximo esplendor — relativo, se entiende — cuando los pueblos han respetado la suprema ley divina en su intrínseca constitución y en el ejercicio público y privado de sus actividades. Fuera de las directrices de esta ley, sólo vemos sombras: egoísmo y perversión en los individuos, despotismo y anarquía en las sociedades. La opresión y la más denigrante esclavitud son las lógicas consecuencias del destronamiento de Dios en la sociedad humana. Jesucristo es la luz del mundo, y dondequiera no brille esa luz sobrevendrá la noche. Sólo en Jesucristo se encuentra la Verdad que liberta. Por esto no hay término medio. Ahora, como siempre, se impone la trágica disyuntiva: o Jesucristo o Nerón.

ANDRÉS SOLER SOLEY
Presbítero



DE LA QUINCENA RELIGIOSA

La palabra pontificia. — A los miembros del V Congreso de Psicoterapia y Psicología clínica (13-IV-53). — Jesús es el único Maestro de la Humanidad. — La persecución religiosa en Polonia. — El Estado tiene el deber de profesar pública y no privadamente la Religión

LA PALABRA PONTIFICIA

Restablecido el Papa de su pasada dolencia, ha vuelto a reemprender el ritmo de su actividad apostólica normal. Característica de dicha actividad, son las frecuentes alocuciones a los distintos grupos de personas que le visitan. En los últimos días estas alocuciones han menudeado en forma que llamaríamos sorprendente, habida cuenta de lo reciente de la pasada dolencia del Papa y de su avanzada edad. Nuestros lectores podrán ver en la separata cada una de dichas alocuciones. En el presente comentario, quisiéramos referirnos de un modo especial a dos de ellas.

A LOS MIEMBROS DEL V CONGRESO DE PSICOTERAPIA Y PSICOLOGÍA CLÍNICA (13-IV-53)

Dice el Papa que su discurso viene a completar el dirigido, en septiembre del pasado año, a los miembros del I Congreso Internacional de Histopatología del Sistema Nervioso. Como es sabido, señaló el Papa, en aquella ocasión, los límites morales de los métodos médicos de tratamiento e investigación.

El psicólogo y el psicoterapeuta cristiano deben considerar siempre al hombre: 1) como unidad y totalidad psíquica; 2) como unidad estructurada en sí misma; 3) como unidad social; 4) como unidad trascendente, es decir, con tendencia hacia Dios.

Dice el Papa, en el segundo de los puntos citados:

«Quien estudie la constitución del hombre real debe, en efecto, tomar como objeto al hombre existencial tal como es, tal como lo han hecho sus disposiciones naturales, las influencias del ambiente, la educación, su evolución personal, sus experiencias íntimas y todos los acontecimientos exteriores. Sólo existe este hombre concreto. Y, sin embargo, la estructura de este yo personal obedece hasta en el menor detalle a las leyes ontológicas y metafísicas de la naturaleza humana, de las que Nos hemos hablado más arriba.»

Y concluye Su Santidad la argumentación sobre este punto: «Por consiguiente, sería erróneo fijar para la vida real normas que se aparten de la moral natural y cristiana y a las que se llamará de buen grado con la palabra «ética personalista»; ésta sin duda recibiría de

aquella una cierta orientación, pero no supondría en igual medida una estricta obligación. La ley de estructura del hombre concreto no se debe inventar, sino aplicar.»

JESÚS ES EL ÚNICO MAESTRO DE LA HUMANIDAD

«Observad bien: por cuanto la Humanidad ha realizado una progresiva apostasía de Jesús, muchos «maestros» han pretendido sustituirle a El para instruirla y guiarla; muchos constructores han intentado dotarla de las estructuras necesarias; muchos «médicos» se han propuesto curar sus enfermedades y sus llagas. Pero, al fin, todos se han encontrado ante una Humanidad descarriada y enferma. Urge, pues, con tanta mayor premura, llevar a los hombres el convencimiento de que «Magister vester unus est, Christus»: «Uno solo es vuestro Maestro, Cristo» y que en El solamente podrán encontrar salvación el mundo con sus estructuras y los hombres con sus problemas: «Non est in alio salus»: «En ningún otro hay salvación.»

Del discurso a los miembros de los comités cívicos (15-IV-53).

LA PERSECUCIÓN RELIGIOSA EN POLONIA

El Diario Oficial de Polonia publicó el pasado 10 de febrero un decreto del Consejo de Estado relativo al nombramiento de los cargos eclesiásticos. Dice el decreto: «La promoción, el cese y el traslado del eclesiástico nombrado depende de las autoridades del Estado. Del consentimiento de las mismas autoridades depende también la creación de nuevos cargos eclesiásticos, su transformación y su liquidación. Las personas nombradas prestarán juramento de fidelidad a la República popular, en el gabinete del Consejo nacional del Voievodie. El decreto establece que las personas investidas de cargos eclesiásticos deben abstenerse de actividades contrarias a los intereses del Estado y de negarles su apoyo. «Las personas que cometan abusos serán licenciadas...»

El decreto que acabamos de mencionar, y cuya autenticidad avalan la emisión de Radio Varsovia del día 23 de febrero y las informaciones de las agencias periodísticas, significa, fuera de dudas, un paso más en el plan trazado de antemano por el comunismo, hacia la destrucción de la Iglesia Católica en los países sometidos a su dominio. Desde estas mismas páginas hemos señalado en otras ocasiones las características de semejante plan. No se trata, como en Rusia ni en nuestra Patria, cuando la Cruzada, de una destrucción sangrienta, de efectos contrarios a lo que con ella se persigue, sino de un proceder que quiere presentarse totalmente desprovisto de matices agresivos para la Religión, por lo mismo que se funda en motivos de orden estrictamente jurídico y legal. Ahora bien; hallándose la ordenación legal de aquellos países lógicamente sometida a la influencia de la política comunista, es claro que desde el primer momento han de contar los gobernantes filosoviéticos con argumentos, ajenos, en apariencia, a lo menos a la vista de algunas gentes sencillas, a todo odio antisectario, para perseguir a la Iglesia Católica. Una vez superada, con todo, la zona de las primeras y naturales suspicacias, el proceder va siendo más descarado. Polonia se halla dentro de este sistema.

Al comienzo de la ocupación soviética, los nuevos amos de la situación quisieron dar comienzo a la lucha con la denuncia del Concordato vigente, entre la Santa Sede y Polonia. Como pretexto se aducían unas violaciones, totalmente inexistentes, por parte de la Santa Sede de dicho concordato. El acto en cuestión no produjo el efecto esperado. Les constaba claramente a todos los polacos, sin distinción de matices, que, precisamente el Papa había sido el único defensor de la justicia y de la libertad ver-

daderas, en los años difíciles de la guerra. Más tarde una comisión mixta, nombrada por iniciativa de la jerarquía católica, y aceptada inmediatamente por el Gobierno, quiso dedicarse al estudio de los problemas surgidos y a la consiguiente búsqueda de necesarias soluciones. Esto sucedió en 1949. Pues bien; en 1950, el Gobierno manifestaba a las claras su propósito de no aceptar ninguna solución, al disolver la asociación «Caritas», y poner en su lugar una nueva organización de asistencia, católica únicamente en el nombre, y sometida a un riguroso control gubernamental.

La protesta del cardenal Sapieha y del primado, arzobispo de Varsovia, el hoy cardenal Wyszynski, no se hizo esperar. «La actitud de la Iglesia dependerá de la actitud del Estado para con la Religión...» Las vejaciones continuaron y aun se hicieron mayores y más insistentes. Fué arrestado el obispo de Culma, monseñor Kowalski. En 1951 se confiscan los bienes de la Iglesia...

EL ESTADO TIENE EL DEBER DE PROFESAR PÚBLICA Y NO PRIVADAMENTE LA RELIGIÓN

Del importante discurso del cardenal Ottaviani.

El día 2 de marzo se celebró en el Pontificio Ateneo Lateranense un solemne acto conmemorativo de la exaltación al Pontificado de Su Santidad Pío XII. En el curso del mismo, el cardenal Ottaviani pronunció una importantísima alocución, de la que nos llega ahora el texto completo.

El cardenal Ottaviani expresó el asombro, mezclado de tristeza, que le causa, la posición de los que, siendo hijos de la Iglesia Católica, intentan arrancar de las manos de su Madre benéfica las armas espirituales de la justicia y de la verdad. Aludió concretamente a la Encíclica «Mystici Corporis», del Pontífice reinante, en la que éste reprueba el error de aquellos que sueñan con una iglesia ideal, sólo alimentada y formada por la caridad, a lo cual —no sin desprecio— «oponen aquella otra iglesia llamada jurídica.»

Sobre el problema de la convivencia de la Iglesia con el estado laico, dijo el cardenal que muchos católicos difunden ideas no del todo ortodoxas, al no utilizar plenamente las armas de la verdad y las enseñanzas de los Papas, especialmente del siglo actual. El Padre Santo reinante —añadió— sale al paso de este error en la «Humani Generis»: asentimiento obligatorio a las enseñanzas de la Iglesia, aunque las promulgue en su magisterio ordinario.

El cardenal Ottaviani citó a España, como ejemplo de país que reconoce que la Religión Católica es la religión oficial del Estado. Algunos protestan porque piensan

que la Iglesia puede vivir pacíficamente, en plena posesión de sus derechos en un Estado laico. El cardenal Ottaviani muestra lo equivocado de tal creencia y sienta, como consecuencia de los verdaderos principios sobre el caso, estas tres afirmaciones:

1. El Estado tiene el deber de profesar pública y no privadamente, la Religión.

2. Inspiración cristiana de la legislación.

3. Obligación del Estado de defender contra toda insidia la unidad religiosa del pueblo.

Señaló el cardenal Ottaviani que los principios que se contienen en las antedichas afirmaciones, son sólidos e incommovibles, y que por el Padre Santo se ha exigido su cumplimiento a los gobernantes, recordándoles la admonición del Espíritu Santo, que promete un juicio rigurosísimo a los que han servido en las cumbres del poder.

Interesantísimas son las consideraciones del Cardenal sobre la tolerancia:

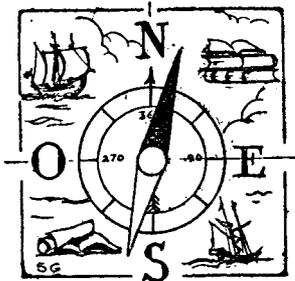
La Iglesia quisiera hablar y reclamar en nombre de Dios, pero algunos Estados no reconocen la exclusividad de su misión. Entonces ha de reclamar en nombre de aquella tolerancia en la que se inspira la legislación. El reconocimiento del derecho de la Iglesia no supone contradicción con las modernas civilizaciones, ya que la verdad es única, eterna e inmutable, y es en virtud de este axioma, por lo que toda reclamación de la Iglesia es justa y debe ser atendida.

El peligro de la tolerancia, señala monseñor Ottaviani, está en que los no católicos no se contentan con la que les concede la Ley, sino que quisieran contra la Ley y sin someterse a sus prescripciones, tener licencia plena para romper la unidad religiosa de los pueblos católicos.

El Cardenal Ottaviani se refirió, para terminar, a la pretensión de muchos de encerrar a la Iglesia entre las cuatro paredes del templo y a separarla del mundo, contra el precepto divino de «Id y predicad el Evangelio a todas las criaturas». Señala la apostólica firmeza del Pontífice cuando expone que a la Iglesia corresponde explicar a los fieles el deber moral que del derecho al voto se deriva, y ello no por razones humanas sino «por el Reino de Cristo, para que sea verdad la paz de Cristo en el Reino de Cristo».

«Se trata, dijo monseñor Ottaviani, de la protección de aquellos que quisieran determinar, según su propio arbitrio y sus propias teorías, la esfera de acción y competencia de la Iglesia, para poderla acusar si traspasase esos caprichosos límites de meterse en política.»

HIMMANU-HEI.



DE LA QUINCENA POLITICA

LEYENDO Y BRUJULEANDO

Un plan de «Le Monde». - Maniobra alrededor de Alemania. - «España está asediada». - ¿Historia pasada y aleccionadora? - Foster Dulles, desmentido. La panacea de Eisenhower. - ¿«Estados de ánimo parecidos»? - Eisenhower piensa en una Alemania desarmada. - ¿Sorpresa? - Actitud unificadora

Del 8 al 13 de abril

UN PLAN DE «LE MONDE»

¿Cuál es la nueva fórmula norteamericana para lograr una base real de entendimiento con la Unión Soviética?

Al decir de «Le Monde», Washington trataría de poner en marcha una nueva edición del «antiguo cordón sanitario» en los actuales límites de la expansión soviética. Los países clave se escogerían en los puntos en donde se manifiesta con mayor violencia la oposición entre los bloques oriental y occidental: Corea, Indochina, Formosa, Austria. La posibilidad de llegar a un entendimiento en Corea y en Indochina sería una señal indudable de un próximo acuerdo en la cuestión de Alemania sobre la base de su neutralización.

«Los amigos que los Estados Unidos sacrificarían en la aventura — escribe el editorialista del citado diario — serían Syngman Rhee, que aspira a reinar sobre toda la Corea, y Chiang Kai Shek, que sueña con la reconquista del continente chino. Pero Syngman Rhee representa un poder personal, y sus sucesores democráticos no plantearían tal vez las mismas exigencias. Casi lo mismo cabría decir de Chiang Kai Shek si, a pesar de la influencia de la China Lobby, aquel que fué llamado «mariscal cacahuete» fuese abandonado por Washington.»

Según esta interpretación, Eisenhower daría una solución «razonable» a los problemas planteados en Asia con la eliminación política de dos destacados personajes que con mayor constancia y tenacidad han mantenido en los últimos años una posición anticomunista. Corea sería unificada bajo la dirección de los «sucesores democráticos» de Syngman Rhee. He ahí por donde podría ser realizado el plan soviético sobre aquella península, con la cooperación desinteresada de quienes iniciaron en 1950 una simple «operación de policía» para detener una agresión armada y que seguramente vieron con muy malos ojos la llegada de las tropas de Mac Arthur en la misma línea fronteriza de China. ¿Y, acaso, el arrinconamiento definitivo de Chiang no supondría el reconocimiento del régimen rojo de Pekín y la entrada de sus representantes por la puerta grande de la ONU?

Corea, Indochina, Formosa y Austria serían oficialmente neutralizadas. Ello supondría un triunfo inicial de la tesis bolchevique. Pe-

ro, ¿y Alemania? Este es un problema que «Le Monde» no plantea en el editorial que comentamos. Quizás porque en esos días el canciller Adenauer ha sido recibido en Norteamérica — no sabemos si la figura del judío Heinemann ha proyectado sobre él su sombra protectora —, con una simpatía y un afecto que no lograron despertar los políticos de Francia. Y, sin embargo, si el reconocimiento de la China comunista constituye para la URSS una cuestión previa para lograr una paz en Asia, la unificación de Alemania y su apartamiento de la comunidad occidental, es probablemente la base fundamental para alcanzar un acuerdo, siquiera provisional, con el Kremlin. Con Stalin y con Malenkov...

MANIOBRA ALREDEDOR DE ALEMANIA

A propósito de Alemania, Augusto Assia escribe desde Nueva York: «Hoy los periódicos norteamericanos se han despertado a la idea de que las cada vez más sorprendentes actividades rusas están supeditadas al objetivo de reunificar Alemania e incluirla dentro de la órbita roja cuando menos impedir que se sume a la occidental.» Y copia, a continuación, una afirmación de los hermanos Alsop: «Puede asegurarse sin demasiado temor a equivocación, que el próximo tema de la ofensiva soviética será Alemania. Sobre esto coincide con los altos funcionarios norteamericanos el canciller Adenauer. Unos y otros están convencidos de que una atrevida maniobra rusa alrededor de Alemania es ahora inminente e inevitable, habiendo sido objeto de ansiosas discusiones desde que el canciller llegó a Washington.»

Y después de señalar Assia que la estancia de Adenauer en Norteamérica «en el momento de ser reveladas las intenciones rusas es interpretado como una gran suerte», explica una singular proposición que acaban de hacer los susodichos hermanos Alsop. Pero dejemos la palabra al avisado cronista:

«¿Sabe usted cuál es la gran contraproposición que, a juzgar por lo que aquí se dice, tienen los norteamericanos preparada para hacer abortar el plan ruso? Todo lo que a los norteamericanos se les ha ocurrido hasta ahora, o todo lo que bajo la presión francesa e inglesa ha podido ocurrírseles, es poner a prueba las intenciones rusas exigiendo elecciones libres en la Alemania oriental. A ver, que hagan elecciones libres y entonces vere-

mos si efectivamente las intenciones de los rusos son honestas o no, vienen a decir hoy los mencionados hermanos Alsop, presentando las elecciones como el contraste de oro, después que por «elecciones libres» los rusos se tragaron a Polonia y Checoslovaquia.»

Es posible que la sugencia, o lo que fuese, de los Alsop sobre el futuro de Alemania, complementa la omisión que señalábamos anteriormente en «Le Monde». En tal caso, ¿está dispuesto Eisenhower a pagar el alto precio que exige Malenkov, en Asia y en Europa, para concertar una tregua entre los dos bloques? Y si Washington no cede, ¿qué plan de pacificación podría proponerse que excluyera totalmente la guerra?

«ESPAÑA ESTÁ ASEDIADA»

«Una mirada de conjunto sobre esta Patria española, que amamos y servimos, con sus padecimientos y sus trabajos, nos lleva inevitablemente a preguntar el porqué de todo esto», leemos en el diario «Arriba» en el artículo «España combatida» firmado por T. Nieto Funcia. Y más adelante concreta:

«¿Por qué es tan trabajoso, tan áspero el camino de España? ¿Qué debemos pensar de todo ello y cómo hemos de prevenirlo y combatirlo? Nos hacemos esta pregunta, y la respuesta se nos aparece evidente y palmaria, sin hacerse esperar. España está asediada, combatida, bloqueada, hostigada. España tiene que comprender que no se le perdona su espíritu insobornable, que hay quien goza en sus padecimientos, que se quiere deliberada y literalmente que sus hijos pasen hambre y se quebranten en luchas innecesarias; que tenemos el enemigo ahí, siguiendo la línea de nuestras fronteras...»

«Es hora de decir, a nuestro juicio, que la exclusión de España del Plan Marshall fué una ofensa, una discriminación injuriosa. Hay que decir al pueblo español cómo, en los pasados años, se nos limitó el cupo de importación de abonos, para que no pudiéramos obtener cosechas. No hay hipérbole o exageración alguno cuando se dice que quieren que los españoles pasen hambre.»

Y en otro párrafo puntualiza: «Somos una nación, un pueblo sitiado... Pero entonces habrá que crear esta moral de lucha y de victoria de toda España, en un bloque compacto, y habrá que ordenar la vida colectiva a esta finalidad de

ACTUALIDAD

resistencia y de combate. Si es así, habrá que partir el pan como camaradas y no como mercaderes; habrá que conceder al honor el rango que se otorga a la riqueza, habrá que negar en redondo los derechos y mecanismos incompatibles con la unidad y la intensidad de la acción, habrá que hacer de España un Campamento.»

Y termina con estas palabras: «Nosotros tenemos que descartar eso que se llama la normalidad y que no es sino el estatuto de los que nos hostilizan y crear la nuestra, la que nos conviene para repeler la agresión y triunfar contra ella, la que comprenda fórmulas internas de equidad y de salud que nos unan y nos fortalezcan.»

¿HISTORIA PASADA Y ALECCIONADORA?

En un editorial titulado «Al borde del abismo», el propio diario «Arriba», en su edición correspondiente al día cinco, había escrito:

«No estamos en los umbrales de la paz, sino al borde mismo del abismo, por la misma razón que en los días optimistas de Yalta y Teherán, pese a toda la desinformación lanzada por el criptocomunismo, mientras se hablaba de una era de «convivencia pacífica», de una política de «buena voluntad» de la RSS y de una «democratización del comunismo», se consumaba la entrega a Stalin de nueve naciones europeas... Esta placida primavera de 1953, en que unos Gobiernos inconscientes se obstinan en ver aparecer el arco iris tras las cúpulas rojas del Kremlin, puede ser el trágico anuncio de un verano de 1953 con las 300 divisiones soviéticas aplastando las 20 desmoralizadas unidades occidentales que median hasta las puertas de París.»

Y concluía:

«Sin demasiadas ilusiones creíamos que todo esto podía ser historia pasada y aleccionadora para un mundo al que España brindaba sus sacrificios y sus victorias sobre el comunismo como la única línea posible. Parece que no; parece que Malenkov también quiere su Yalta, y, salvo un milagro, también esta vez se lo van a entregar en bandeja de plata. Es la hora de la confusión y del abismo abierto a los pies.»

¿Solamente ahora?

Del 14 al 20 de abril

FOSTER DULLES, DESMENTIDO

El secretario de Estado norteamericano, John Foster Dulles, ha sido públicamente desmentido por la Casa Blanca, a raíz de una información periodística sobre los planes gubernamentales concernientes al futuro de Corea y Formosa. Augusto Assia nos cuenta en una de sus crónicas los «extraños síntomas de desorientación» que se perciben en los Estados Unidos, y de los cuales es una muestra la contradicción externa manifestada entre Eisenhower y su secretario de Estado sobre

las líneas fundamentales de la acción política en el Extremo Oriente. Dice Assia:

«Hace unos días varios periódicos, y entre ellos el «New York Times» salieron con una información contando que sabían que el Gobierno norteamericano estaba dispuesto a acceder a la división de Corea en dos países permanentes, uno rojo y otro nacionalista, así como a la neutralización de Formosa, convertida en protectorado de las Naciones Unidas, para responder al apaciguamiento y llegar a un acuerdo con Rusia. La algarabía que provocó ahí la noticia, donde algunos senadores la interpretaron como el primer indicio de otra capitulación norteamericana, secundada por la expectación creada en el extranjero y la reacción violenta con que contestaron Formosa y la Corea del Sur, produjeron un desmentido de la Casa Blanca. Tal información es falsa de arriba abajo, decía en resumidas cuentas la nota facilitada por su jefe de Prensa, poniendo en berlina a los periodistas autores de la información.»

Ahora bien, lo grave del caso — como ha sido revelado ahora por otros periodistas — es que «la información desmentida por la Casa Blanca dejando a los periodistas como mentirosos les había sido facilitada nada menos que por el propio secretario de Asuntos Exteriores, Mr. Foster Duller.»

Cabría preguntarse si la información facilitada por el secretario de Estado respondía al punto de vista específico que sobre el problema asiático mantiene el señor Dulles, o si se trataba de un globo sonda» lanzado de común acuerdo con la Casa Blanca. Pero, ¿no demostraría en cualquier caso una falta de seriedad por parte de los organismos responsables de la política exterior norteamericana?

LA PANACEA DE EISENHOWER

El presidente Eisenhower ha pronunciado un discurso que pretende ser una respuesta a la propaganda pacifista desatada por la URSS después de la muerte de Stalin.

Según Eisenhower, «todo el mundo sabe que la muerte de José Stalin ha abierto una nueva era. Su reino, que ha durado extraordinariamente treinta años, vio engrandecer el imperio soviético hasta extenderse de las costas del mar Báltico al mar del Japón, imponiendo su dominio sobre ochocientos millones de almas...»

«Ahora, asegura el Presidente norteamericano, los lazos que unen a los nuevos dirigentes de la Unión soviética con el pasado, aunque sean fuertes, no pueden obstaculizarse totalmente. Son ellos mismos los que habrán en gran parte de construir su propio futuro.»

Después de afirmar que para el logro de la paz no le interesa «la simple retórica», Eisenhower declara que el mejor testimonio de la sinceridad soviética sería la fir-

ma del tratado de Estado con Austria o la liberación de los millares de prisioneros de la pasada guerra, retenidos todavía por la URSS. En cuanto a los puntos específicos sobre los que versa principalmente la discordia, Eisenhower señala:

«El primer gran paso que debe darse es la conclusión de un armisticio. Esto significa la cesación inmediata de las hostilidades y el comienzo rápido de negociaciones políticas que conduzcan a la organización de elecciones libres en una Corea unida. También habría de significar la cesación de todo ataque directo o indirecto contra Indochina y la Malasia.»

Por lo que respecta a Alemania, propone una más amplia comunidad europea en la que habría libertad «en los intercambios comerciales y en las ideas» y que significaría «el fin de la actual división de Europa». «Esta comunidad comprendería a una Alemania libre y unida, con un gobierno salido de unas elecciones libres y secretas.»

La panacea de Eisenhower, en Corea y en Alemania, parece ser el sufragio universal. Pero, ¿la aceptarían los dirigentes soviéticos?

No sabemos — Eisenhower no lo dice — qué sistema empleará Norteamérica para conseguir la unificación de toda Europa bajo la dirección de Washington, sin recurrir a la guerra.

¿Y China? ¿Por qué no ha hablado el Presidente del gobierno rojo de Pekín, reconocido por Gran Bretaña, y del gobierno nacionalista instalado en Formosa?

¿«ESTADOS DE ÁNIMO PARECIDOS»?

«Nosotros no tenemos la culpa de que hoy sea el aniversario de la proclamación de la segunda República, cuyo primer Presidente fue un ex ministro de la Monarquía y cuyos valedores más denodados y mejor retribuidos no fueron los republicanos históricos, como pudieran ser natural —republicanos que hasta la última hora mordieron la amargura de una Presidencia de Consejo que no llegaba—, sino preclaras, lúcidas, olímpicas, mentes dinásticas». Así comienza «Arriba» su editorial del día 14, que termina con estas palabras:

«La Monarquía constitucional cayó un 14 de abril en la fosa que ella misma se había abierto. Pero ni en el entierro de un régimen ni en el bautismo del sucesor tenía nada que hacer el pueblo español. El pueblo español, entonces como hoy, permaneció atento al gran clamor de las voces irredentas de nuestro destino, «por, sobre o contra el falso dilema de Monarquía o República». El episodio de hoy apenas constituye una anécdota. Nosotros creemos que el destino del gran pueblo español está por encima de esa riña de gallos de escayola que es la tertulia estrictamente dinástica o el masónico cóncave republicano.»

Por su parte, «ABC» comenta: «Hoy se cumple el 22 aniversa-

«GOBIERNO SECRETO»

De la revista «Fiat» de Dublín (Irlanda) reproducimos a título de información los siguientes fragmentos de un artículo que consideramos de interés:

Lehman fué administrador de la UNNRA, organización que procedía de la «Joint Distribution Agency» judía, y que repartió gratuitamente mercancías por valor de billones de dólares, pagados por los contribuyentes americanos e ingleses, a Rusia y otros países soviéticos, durante y después de la segunda guerra mundial. El general Frederick Morgan, director europeo de la «UNNRA» en 1946, descubrió que esta organización servía, como un oleoducto, para un «segundo Exodo» de los judíos, que ilegalmente pasaban desde los países soviéticos a Palestina. La mayoría de éstos eran hombre que habían sido educados en los ejércitos soviéticos y americanos, y estaban dispuestos a tomar parte en la toma de posesión de Palestina. También sirvió esta organización como tapadizo para la actuación de la policía secreta soviética en Austria y Alemania.

El Dr. A. Homer afirma en el «The Patriot» (29-8-46) de Londres: «Tiempo ha llegué a la conclusión de que la judería financiera (lo mismo sionistas que no sionistas) estaba apoyando las aspiraciones del Sionismo fanático para sus propios fines; conviene saber: para alcanzar la posesión de los colosales recursos minerales y petrolíferos de la Palestina y de la Palestina mayor, cuya existencia se conoce particularmente en las regiones áridas que se extienden al sur

de Hebrón hasta el golfo de Akaba; y «que permanecerían abandonados» hasta el tiempo en que pudieran ser explotadas para engrandecimiento de la finanza judía preferentemente bajo la égida de un Estado judío.»

La «Palestine Economic Corporation» fué financiada por las firmas bancarias «Kuhn, Loeb and Co.» y «Lehman Bros». El senador Lehman es, o fué, uno de los vicepresidentes de la «Palestine Economic Corporation». El Senador es también uno de los vicepresidentes de la «Anti-Defamation League of B'nai B'rith», que según se dice, es el poder real que maneja la Revolución en los EE. UU., Henry Morgenthau Jun. Fué secretario de la Tesorería en las Administraciones de Roosevelt y Truman. Se acreditó con la formulación del «Plan Morgenthau» que dividió Alemania en favor de los Soviets. Morgenthau prestó ... y papel de la Tesorería de los EE. UU. a los Soviets, que permitió a ellos emitir marcos alemanes de ocupación por valor de miles de millones de dólares pagaderos por los contribuyentes americanos. Morgenthau tiene conexiones familiares con los Lehman y los Warburg.

«La mente rectora»

Félix Frankfurter, un judío austriaco, ha sido descrito como la mente rectora de la revolución. Es Juez del Tribunal Supremo de los EE. UU. Siendo profesor en la Escuela de Derecho de Harvard, proveyó las posiciones claves entre el personal del New Deal Roosevelt con brillantes jóvenes imbuidos de doctrina revolucionaria. Se hallaban entre

éstos, hombres de talla como Dean Acheson, Alger, Hirs, Ben Cohen y David Lilienthal. Se dice de Acheson que cuando estaba en el poder conferenciaba a diario con Frankfurter.

«Traición atómica»

La segunda guerra mundial procuró el pretexto a la toma de ulteriores poderes de emergencia, con el fin de acelerar la revolución en los Estados y de extenderla en Europa y Asia. Se dió toda la ayuda para fortalecer a los Soviets, y en Jherán y Yalta se les concedió el control de media Europa. «Common Sense» (Nueva Jersey) (15-3-52) publicó un artículo del mayor Racy Jordan, encargado durante la guerra de los embarques militares en Montana, en el que afirmaba que en 1943, un año antes de que el anillo de espías rojos comenzase a operar, él enviaba a Rusia grandes cantidades de uranio y otros materiales, necesarios para la fabricación de la bomba atómica, incluso planos de las instalaciones, y los materiales para construirlas. También enviaba material para el dragado y perforación e instalaciones hidroeléctricas. El Mayor afirmaba que él daba prioridad a estos embarques, obedeciendo a instrucciones directas de Harry Hopkins.

El control atómico fué asumido por Mr. Bernard Baruch, y se estableció una junta de cinco hombres, tres de los cuales eran judíos, bajo la presidencia de David Lilienthal, uno de los Frankfurter situados en el New Deal Government. Llama la atención que casi todos los principales científicos atómicos son judíos.

rio del 14 de abril de 1931. Entonces, un grupo de españoles proclamó la República. Algunos creyeron que aquel gesto significaba la importación de algo nuevo: el alineamiento sobre el suelo peninsular de un ramillete de instituciones inéditas y de conductas ilusionadas». Y añade más adelante: «La Historia nos muestra que hubo en las dos ocasiones (las dos experiencias republicanas) gentes que creyeron en una República conservadora o en una República federalista, o en una República presidencial o en una República de derechas. Erraron lamentablemente en 1868 y en 1931. Y aún cuando ellos mismos no volverían a errar, si viniera, porque tendrían fresco en su memoria el recuerdo de aquel terrible fracaso, no sería imposible que se repitiesen estados de ánimo parecidos».

Del 21 al 24 de abril

EISENHOWER

PIENSA EN UNA ALEMANIA DESARMADA

En una crónica titulada: «Clara sensación de desconcierto», comenta agosto Assia la solución electoral propuesta por Eisenhower en su último discurso:

«Walter Lippmann, el «columnista» de la «Herald Tribune», escribe: «¿Existe alguien que, preguntándose a sí mismo fríamente cuáles son sus verdaderos pensamientos, pueda creer que un país dividido y devastado por una guerra civil y otra internacional ocupado por ejércitos extranjeros, sea susceptible de dar solución a sus problemas y producir una nación viable con unas elecciones? Fomentar semejantes creencias —agrega— es levantar falsas esperanzas y conjurar pro-

blemas insolubles». Lippmann no se queda ahí y hace el más destructivo análisis del discurso del Presidente... Indica asimismo el columnista que en su opinión Eisenhower ha propuesto la solución electoral debido a que los Estados Unidos carecen de un plan concreto y claro para resolver sus discrepancias con Rusia y porque creen que los rusos nunca aceptarán elecciones libres en una Corea reunida, pero pueden equivocarse, lo cual produciría inconmensurable desconcierto en Washington.

»En el mismo periódico otros «columnistas» igualmente famosos, los hermanos Alsop, dicen saber que el presidente Eisenhower le hacía a Rusia, en un proyecto previo del discurso, la oferta concreta y explícita para establecer una Alemania neutral y desarmada por cuarenta años. «El Departamento

de Estado y el Pentágono no tuvieron demasiadas dificultades en hacerle ver al Presidente que semejante proposición pondría desde luego en evidencia cuán grandes son las concesiones que en loor de la paz con Rusia están dispuestos a hacer los Estados Unidos, pero también habría puesto patas arriba toda nuestra política europea y a la NATO colocada en el aire», advierten los columnistas, que se encuentran entre los más fervorosos adictos del presidente Eisenhower y según los cuales los párrafos referentes a la oferta sobre Alemania fueron suprimidos del texto definitivo, lo mismo que fueron suprimidos también otros párrafos en que el Presidente abogaba por una conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de las grandes Potencias en que tomara parte el representante de la China roja con exclusión del representante de Chiang Kai Shek».

Según Assia, las palabras de los Alsop y de Lippmann, revelan «las reacciones que se oyen en la calle y las contradictorias manifestaciones de ministros senadores y políticos, así como el, si bien intencionado, irrealista discurso del Presidente, muestrario del desconcierto que ha provocado en los Estados Unidos la última maniobra soviéticas».

Nos preguntábamos anteriormen-

te por qué Eisenhower había silenciado en su discurso la cuestión de China. Si la información de los Alsop responde a la realidad, podría conjeturarse verosímelmente que la Casa Blanca aceptaría la posibilidad de reconocer en plazo más o menos breve el gobierno rojo instalado en Pekín. En tal caso, el silencio de Eisenhower sería harto elocuente... Y también su propuesta sobre elecciones en Alemania.

¿SORPRESA?

Ha causado general estupor en Norteamérica la noticia de que los comunistas han ganado votos en las recientes elecciones de Dinamarca, así como el hecho de que los socialistas han conseguido realizar substanciales progresos. «Ambas cosas —apunta Assia— son consideradas como la primera consecuencia política de la desatentada atmósfera que los rusos han logrado desencadenar en Europa con su campaña de apaciguamiento y un indicio de lo que, si con discursos como el del presidente Eisenhower sigue la confusión alentada, pueden los rusos conseguir poco a poco que los occidentales se descuiden. Lo ocurrido hoy en Dinamarca es susceptible de repetirse en Italia, Francia o Alemania, retro trayendo a Europa de nuevo insen-

siblemente a la época de los Frentes Populares...»

Es decir, a la época roosveltiana. Pero, ¿cabía esperar algo distinto del general Eisenhower?

ACTITUD UNIFICADORA

Palabras del ministro secretario general del Movimiento, señor Fernández Cuesta, en Valencia:

«José Antonio luchó por fundir las dos mitades en que estaba partida el alma de España, no por una de ellas solamente, y a esa actitud y a esos propósitos reflejados en las frases anteriormente citadas, responde la actitud falangista, antes, durante y después del 18 de julio, y esa actitud no se mantiene debido a influjos ajenos ingenuamente aceptados. Los que la sostienen son viejos falangistas, que han dado pruebas de su lealtad a Franco y a cuanto éste representa, y por ella murieron tantos otros en las calles de España y en las trincheras de sus campos.

»Suponer que tal actitud unificadora representa un peligro de vuelta a lo que el 18 de julio vino a borrar, es un error o mala fe, a no ser que se entienda que ese 18 de julio tuvo una finalidad parcial, o que se esté en plena discrepancia con aquello por lo que la Falange ha luchado, lucha y luchará.»

SIEHAR YASHUB

LIBROS RECIBIDOS

POR UN MUNDO NUEVO, por el P. Ricardo Lombardi, S.I. — Biblioteca de Iniciación Cultural del Instituto Filosófico de Balmesiana. Traducción a cargo de profesores de dicho Instituto Editorial Balmes, Durán y Bas 11, Barcelona. 1952.

HOMILIAS EVANGELICAS, por el Rvdo. Pedro Ginebra, Licenciado en Sagrada Escritura, y el Rvdo. Eudaldo Serra, Director de «Cultura Religiosa». 2.ª edición.

EL REINADO DEL CORAZÓN DE JESÚS EN NUESTRAS ALMAS, por el P. Serafín Gilabert García. O. F. M.—«Luis Gili. Editor». Corcega, 415. Barcelona.

EL JUICIO FINAL (Epopeya de la humanidad desde el solio de América), por Edgardo Ubaldo Genta.—«Editorial Eloreña y Lafon». Piedras, 346. Montevideo.

BAÑOLAS, por Luis G. Constans. M.D. edición Patrocinada por el Ayuntamiento de Bañolas.—«Gráficas Granés». Canal, 12, Bañolas (Gerona).

De «Ediciones Rialp». Preciados, 35. Madrid.

EL MUNDO DE SAN PABLO, por Josef Holzner. Colección «PATMOS, Libros de Espiritualidad». — «Ediciones Rialp». Preciados, 35. Madrid.

LA VIDA ETERNA Y LA PROFUNDIDAD DEL ALMA, por el P. Garrigou Lagrange. O.P., Profesor del Pontificio Instituto Angélico de Roma. Traducción de Arsenio Pacios López. Colección «PATMOS, Libros de Espiritualidad».

LA VIDA EN DIOS (Introducción a la vida espiritual), original de un cartujo alemán anónimo, publicado por F. Kronseder. Prólogo de Juan Bautista Torelló. Colección «PATMOS, libros de Espiritualidad».

De «Editorial Difusion». Herrera, 527. Buenos Aires.

NECESIDAD URGENTE DE UNA CRUZADA ESPIRITUALISTA, por Monseñor Miguel de Andrea. Obispo de Temnos.

ELEVA TU CORAZÓN, por Mons. Fulton J. Sheen. Obispo Auxiliar de Nueva York. Traducción del Dr. Carlos Juan Vega.

ROMA O MOSCÚ?, por Roger Latu. Traducción de Carmen S. B. de Zarza Fonseca. Colección «Hoy».

HISTORIA DE CRISTO, por Giovanni Papini. Traducción de Mons. Agustín Piaggio. 3.ª edición, con un ensayo introductorio del Sr. Lamberto Lattanzi.

EL CRITERIO, por Jaime Balmes, Pbro. 2.ª edición Colección «Juventud». Precedida de un estudio bio-bibliográfico de Balmes, por Moisés Álvarez Lijó.

EL LIBRO NEGRO, por Giovanni Papini. Traducción del Dr. Carlos Juan Vega.

LA HORA DE LA CLASE OBRERA, por el Canónigo José Cardijn. Prólogo y traducción del Dr. Enrique Rau, Obispo Auxiliar de La Plata. 2.ª edición.

RADIO VATICANA

EMISIONES EN LENGUA ESPAÑOLA - MAYO 1953

TODOS LOS DIAS:

- 1.º Hora 15.15. Ondas 31,41 - 25,67 - 25,55 - 19,84
NOTICIARIO I.R.VAT. «*Información Radio Vaticana*»
- 2.º Hora 21.45. Ondas 50,27 - 49,75 - 41,21 - 31,41 y 196.
- Domingo* NOTICIAS MISIONALES (1)
Lunes LA IGLESIA EN EL MUNDO
Martes LA PALABRA DEL PAPA (2)
Miércoles REVISTAS RADIOFONICAS:
1.º y 3.º: «*Libros de España en el Vaticano*»
2.º y 4.º: «*Alter Christus*» - *Emisión sacerdotal.*
- Jueves* VIDA CATOLICA HISPANOAMERICANA (3)
Viernes CONFERENCIAS, COLABORACIONES. El último viernes del mes, crónica sobre la Revista **CRISTIANDAD**
Sábado SABATINA EN HONOR DE NUESTRA SEÑORA

TODOS LOS JUEVES:

- Hora 22.30. Ondas 50,26 y 31,41
LA SEMANA DESDE EL VATICANO (4)

TERCEROS DOMINGOS:

- Hora 11.15. Ondas 31,41 - 25,67 - 19,84
EMISION RELIGIOSO-MUSICAL

- (1) *Los primeros domingos, comentario a la INTENCION MISIONAL del Apostolado de la Oración*
(2) *Retrasmitida en España por Radio Nacional y Radio Alicante; y por Radio Nacional en sus Emisiones para América Española.*
(3) *Los primeros jueves, EL PROGRAMA DEL SAGRADO CORAZON.*
(4) *Emisión especialmente dedicada a los países americanos de lengua española.*

La hora de la Europa Central coincide con la oficial española.
Se agradece el control de las emisiones y la publicación de este programa.

**Toda familia cristiana - oye Radio Vaticana;
primero a las tres y cuarto - luego a las diez menos cuarto**

Por sólo **36** pesetas
puede tener usted
encuadrada la
inestimable Colección de
Documentos Pontificios
de 1952 publicada
por **CRISTIANDAD** en
forma de anexos a la
revista

Si hubiese extraviado alguno de los sueltos
que la forman, podremos proporcionárselos

Teléfono 22 24 46



En su viaje a Mallorca visite las

Cuevas de Artá

Una maravilla entre maravillas



**HOTEL
COMPOSTELA**

PRIMER ORDEN



SANTIAGO DE COMPOSTELA

José María Minoves Fusté

SUCESOR DE

Salvador Fusté Teixidor



**Fábrica de Hilados y Tejidos de Algodón
en BESSACHS
(GIRONELLA)**